

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.
LA ESPAÑA DRAMATICA.
DE
D. PABLO AVECILLA.
EL DINERO Y LA OPINION,
8 rs.
PUNTOS DE VENTA EN MADRID.
D. Juan Diaz de los Rios, calle de Carretas.
D. José Cuesta, calle Mayo.
Bailly-Bailliere, Príncipe.
IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1857.

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pasion de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

EL DINERO Y LA OPINION,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

TRADUCIDA DE LA ORIGINAL DE MR. EMILE AUGIER.

QUE TIENE POR TÍTULO *Ceinture dorèe.*

POR DON CAYETANO ROSELL.



N.º 310.

MADRID: 1857.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.

PERSONAS.

DON ALVARO PEÑALVER.
DON LUIS FAJARDO.
RAMIREZ.
SOLFERINO.
BENITO, *criado de D. Alvaro.*
EL BARON DE YUNCOS, *convidado.*
INÉS, *hija de D. Alvaro.*
MATILDE.
LA VIZCONDESA DEL PINO } *convidadas.*
LA GENERALA MENESES }

La accion pasa en Madrid y en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Sala de la casa de don Alvaro, lujosamente amueblada.—A la derecha una chimenea con sillones y sofá.—A la izquierda, en el fondo, un piano.—En medio una mesa.

ESCENA PRIMERA.

Inés, *tocando el piano.*—Solferino.

Solfer. Magnífico! Sublime! Esas notas me han llegado al alma. Es usted el ángel de la música.

Inés. Jesús! Qué entusiasmo!

Solfer. Qué quiere usted? Así somos los artistas. El entusiasmo es lo que nos mata. La música es mi delirio, y me costará la vida.

Inés. (*Ap.*) Habrá mentecato!

Criado. La señora de Ribalta.

Solfer. (*Ap.*) Por vida de... ¡Qué ocasion me quita de las manos!

ESCENA II.

Matilde.—*Dichos.*

Inés. Buenos dias, Matilde.

Matilde. No vengo aquí por usted: con que así no tiene que saludarme.

Inés. Oiga! Pues ¿por quién vienes? Por el señor Solferino?

Matilde. Ni mas ni menos. (*A él.*) He sabido que estaba usted aquí: tenia que pedirle un favor....

Solfer. A mí, señora?

MATILDE. Pasado mañana son los dias de mi esposo...

INÉS. Es verdad; lo he visto en el calendario.

MATILDE. Por la noche tenemos un concierto. Irán algunos artistas de reputacion, y si usted se digna...

SOLFER. Señora, yo seré el favorecido. Quiere decir que estrenaré en su casa de usted una sinfonía filosófica que he escrito estos dias.

MATILDE. Cómo?.. Filosófica?

SOLFER. Sí, señora. Ya es tiempo de que las artes se levanten á la altura de la época. Mi composicion tiene por título *El Becerro de oro*; y sin presuncion, creo que en algunos trozos he estado tan inspirado...

INÉS. Que hará usted un servicio al arte.

SOLFER. Así lo espero. Dicen que la música empieza donde acaba la poesía. ¿Por qué no enriquecerla con todas las conquistas del pensamiento?

INÉS. Muy buena idea.

SOLFER. Mozart, Rossini, Bellini, Verdy... No les quito su mérito; no carecen de algun ingenio; pero ¿qué son en resumidas cuentas? Nada, absolutamente nada. Gente que no ha sabido pensar. Allá han creado un instrumento; pero lo que nosotros tenemos que crear, son ideas profundas... En fin, ustedes oirán mi sinfonia.

MATILDE. (*Ap.*) Qué horror!

SOLFER. Ah! tengo que rogar á usted que prepare dos pianos.

MATILDE. Dos?

SOLFER. Sí, porque no bastaria uno para expresar toda la fuerza de mi pensamiento.

MATILDE. (*Ap.*) Qué atrocidad!

INÉS. Ea: (*A Matilde.*) ya estás convenida con el señor maestro. ¿Quieres oirme ahora?

SOLFER. Yo me retiro.

INÉS. Esto no es decirle á usted...

SOLFER. No; es que tengo una leccion muy lejos.

INÉS. Pues hasta la vista. Ah! se me olvidaba. Papá me ha encargado que si gusta usted de comer hoy con nosotros...

SOLFER. (*Ap.*) Calla! Con que el padre está propicio... A yerno me huelo.

INÉS. Y no tiene inconveniente..,

SOLFER. De acompañar á usted, señorita? ¿Qué mas puedo apetecer...

INÉS. Gracias por la lisonja. Pues hasta luego. (*Saluda Solferino y vase.*)

ESCENA III.

INÉS.—MATILDE.

MATILDE. No hay mas: de seguro nos encaja una sinfonía filosófica.

INÉS. Eso ha dicho.

MATILDE. Yo le convidaba, contando con que tocaria alguna cosa de Hayd'n ó de Listz; pero no sabia que fuese compositor.

INÉS. Qué quieres? A fuerza de andar con las obras de otros, ha hallado las suyas propias.

MATILDE. Ya que tienes favor con él, pudieras aconsejarle que renunciase á su sinfonia.

INÉS. No lo creas. Si por mí ha dado en esa mania de gloria.

MATILDE. Qué estás diciendo?

INÉS. Lo que oyes. Trata de conquistarme, y hace ocho dias que anda rumiando una declaracion.

MATILDE. Ese busca vidas?

INÉS. Mejor dirás busca dotes. Se ha enamorado del mio.

MATILDE. Lo que es para una mujer desechar un partido ventajoso! Te juzgan ya extravagante, y hasta los musiquillos se atreven á mirarte con buenos ojos.

INÉS. Me juzgas extravagante?

MATILDE. No digo yo que lo seas, sino que...

INÉS. Pues sí lo soy, Matilde, y en sumo grado. Estoy convencida de ello. Pensaba yo ser una muchacha que me casaria á las primeras de cambio, una muchacha de muy pocas pretensiones; pero no es así: veo con sentimiento que mi colocacion es ya *casi* irrealizable; y digo *casi*, porque aun abrigo alguna esperanza en el género humano.

MATILDE. Pero ¿lo dices de véras?

INÉS. Y tan de véras. Figúrate que me he empeñado en casarme con un hombre modesto.

MATILDE. Vaya, vaya; vas haciéndote una misántropa completa.

INÉS. Pues ¿no ves que no se encuentra un hombre modesto por un ojo de la cara?

MATILDE. Qué aprensiones! Se encuentran tantos! Mi marido sin ir mas lejos...

INÉS. Es que tú has tropezado con quien no miraba el matrimonio como una especulacion. Buscaba una mujer, y no un saco de dinero. Y luego se propuso conocerte bien; estudió tu carácter, y estuvo haciéndote la rueda un año antes de declararse. Mis pretendientes, no: todos se declaran el primer dia.

MATILDE. Porque el primer dia les gustas ya.

INÉS. Mi dote es el que les gusta. Ah! maldecido dinero! Si fuera pobre, ya repararian en mí. Lo malo es que soy como las estatuas de oro, que valen menos que las de mármol, una alhaja de plateria, cuyo valor intrínseco excede con mucho á la mano de obra!

MATILDE. Extraño razonamiento! Si fueses pobre, ¿cómo habia de chocarte que se enamorasen de tí á primera vista?

INÉS. Es claro, porque entonces creeria en la sinceridad de mis admiradores.

MATILDE. Pues bien, Inés; porque seas rica, ¿dejarás de ser bonita y de buena índole, ni será menor tu talento? Tiene tu fortuna la culpa de que asi sueñes con la modestia?

INÉS. Al contrario; si hasta la tengo por un mérito! Ya ves si me pongo en la razon. Pero no quisiera que este mérito me privase á los ojos de nadie de tantos otros.

MATILDE. ¿De cuál te priva?

INÉS. Ninguno de mis adoradores trata de averiguarlo, y por lo mismo, no me merecen. Yo que soy tan orgullosa, ¿habia de pasar á manos de un cualquiera, como prenda ganada en rifa? Bueno es que se piden informes sobre un criado á quien puede despedirse á los ocho dias, y no sobre la mujer que se elige por esposa! Qué lugar se la

reserva en el corazon, si todas tienen derecho á él? Con que yo he de contar por mucho lo que otra juzga una bagatela? Y el hombre que confia su honor á una desconocida, nada mas que por ser rica, ¿de qué no será capaz, si hay dinero de por medio?... ¿Es verdad esto, ó no?

MATILDE. De suerte que te quedarás soltera?

INÉS. Si algun santo no hace un milagro...

MATILDE. Es tan triste vivir sola, y estar sin hijos...

INÉS Hijos! Tú me prestarás uno.

MATILDE. Pues ¿los tengo yo de sobra?

INÉS. No, pero los tendrás. Sí, Matilde; cédeme uno de tus hijos... Ya me figuro verle, con su pelito rubio, sus ojos azules...

MATILDE. Y ¿ha de ser niño ó niña?

INÉS. Eso, ¿quién lo pregunta? ¿No ves que las niñas nacen para desgraciadas?.. Nada; le educaré yo misma, y será un mozo de provecho, muy guapo, muy valiente... solo que no me tiene que saber una palabra de aritmética.

MATILDE. Ea: pues en eso quedamos.

INÉS. Qué! te marchas?

MATILDE. Hija, va siendo tarde.

INÉS. Ah! quieres darme gusto? Quédate aquí á comer. Ya ves que con el tal Solferino voy á aburrirme mucho.

MATILDE. Vaya un aliciente que ofreces!

INÉS. Por eso mismo será un favor...

MATILDE. Tienes razon; acepto. Volveré luego.

INÉS. Mejor seria que no te fueses.

MATILDE. Pero si en casa no saben nada.

INÉS. Escribe cuatro palabras...

MATILDE. (*Quitándose el sombrero.*) Tambien es verdad. Y donde?

INÉS. Adentro, en mi cuarto. Ven.

ESCENA IV.

DON ALVARO.—INÉS.—MATILDE.

ALVARO. ¿Se va usted porque yo vengo, señora?

MATILDE. Nada de eso; si me quedo á comer aquí...

ALVARO. Ah! me alegro.

MATILDE. Y voy á escribírselo á mi marido.

ALVARO. Que me place! Pero antes tenga usted la bondad de decirme qué le parece esta chucheria. (*Saca un estuche del bolsillo.*)

MATILDE. Preciosas perlas!

ALVARO. Tienen trazas de finas.

INÉS. Ese es el collar que ayer me gustó tanto?

ALVARO. El mismo.

INÉS. Por Dios, papá, que eso ya es demasiado. Mira que vas enfadándome.

ALVARO. Bueno: enfádate cuanto quieras.

INÉS. ¿No ves que con esa manía de comprarme cuanto me gusta, harás que cobre aversion á todo?

ALVARO. Pero, tonta, si es cosa que cuesta una bagatela...

INÉS. Temiendo estoy que uno de estos dias me traigas otro regalo.

ALVARO. Otro? Cuál? Si has visto algo que te agrade...

INÉS. No digo? Me guardaré bien de recordártelo.

ALVARO. Por qué? Dímelo, prenda mia. Con la edad, voy ya perdiendo los memoriales... Vamos, dímelo pronto, ó me desespero.

MATILDE. Ea, niña, no impacientes á papá.

INÉS. Pues ¿no te acuerdas de que al pasar anteayer por la plaza de Oriente, dije que el caballo de bronce me gustaba mucho?

ALVARO. Ja! ja! ja! Picarilla!

INÉS. El dia menos pensado me le encuentro en mi tocador.

ALVARO. Ja! ja! ja! Qué ocurrencia! Con que el caballo de bronce en tu tocador? ¿No es una delicia esta hija, Matilde? ¿Habrá padre mas venturoso?

INÉS. Papá, de véras te digo que no vuelvas á comprarme nada sin que yo lo pida.

ALVARO. Y, ¿qué he de hacer del dinero? A mí con poco me basta; soy hombre de cortas necesidades. Vine á Madrid con abarcas; sí, señora, con abarcas, que no tengo empacho en confesarlo á todo el que no lo sepa... Hice fortuna, tal vez merecida, que esto á mí no me toca averiguarlo; y ¿no he de poder gastar mis millones segun me plazca?.. Tú, hija mia, eres mi único regalo; con que no establezcas en casa una ley suntuaria... Vaya,

vaya; este collar has de ponértelo para comer.

INÉS. Va á haber convidados?

ALVARO. Quién sabe?.. Vendrá Solferino? Bueno; así tendremos algo de música, y quien te acompañe.

INÉS. Pero ¿vá á venir alguien?

ALVARO. Probablemente.

INÉS. Quién?

ALVARO. Ya lo verás.

INÉS. Supongo que no será ningun aspirante...

ALVARO. Qué sé yo?

MATILDE. Pues si es aspirante, recelo que salgan vanas sus aspiraciones, porque Inés no piensa en casarse.

ALVARO. Ello dirá.

MATILDE. Y si la presentacion ha de hacerse sin testigos...

ALVARO. Señora, usted nos honrará siéndolo de cuanto hagamos.

MATILDE. Mil gracias; pero voy á avisar á mi marido. (*Váse.*)

ESCENA V.

DON ALVARO.—INÉS.

ALVARO. Qué ha dicho? Que no piensas en casarte?

INÉS. Para qué? ¿Dónde he de hallar un marido que me quiera como tú?

ALVARO. Que te quiera como yo... no es necesario tanto. Con todo, deseo que seas feliz ¡qué diantre! Si es mi único capricho.

INÉS. Y si para serlo, con tu cariño tengo de sobra.

ALVARO. Como si yo fuese á vivir perpétuamente. Tanto tardará el dia... Pero dejemos esta conversacion á un lado; que hoy, gracias á Dios, estoy mas firme que una roca. Mira, Inés, hija mia; lo natural es que las jovenes se casen; mi mayor anhelo es dejarte colocada. Quiero tener nietecillos; ya ves qué les faltará!

INÉS. Bueno: si tanta es su priesa de usted en proporcionarme estado...

ALVARO. No es eso, válgame Dios! Bien sabes tú que no es eso.

INÉS. Busque usted un hombre que me convenga, y me caso al punto.

ALVARO. Pero, tontita, ¿puedes tú figurarte que te enlazaria con nadie que no fuese de tu gusto? No sé quitarte ninguno, ¿y habia de violentarte en esto? Y además... á ver si me llamas de tú, que no quiero te formalices conmigo ni aun en chanza.

INÉS. Pues si es verdad! ¿A qué viene ahora hablarme de novios? Yo corresponderé al que acierte á interesarme.

ALVARO. Asi me gusta, y en cuanto yo conozca que tienes á alguno *in pectore*, zas! te caso con él, aunque sea mas pobre que el mismo Job. Vamos, la verdad, ¿no hay hasta ahora ningun quebraderillo de cabeza?

INÉS. No, á fe mia.

ALVARO. Ni siquiera proyectos en lontananza?

INÉS. Ni siquiera.

ALVARO. Entonces yo lo tomaré á mi cargo. Te iré presentando muestras, y tú elegirás de la tela que mas te agrade.

INÉS. Sí; pues como tienes gusto tan esquisito!

ALVARO. Eh! Alguna vez he de acertar. Un muchacho conozco ahora, que en cuanto á desinteresado, no puede pedirse mas; y dado que esta es tu mania...

INÉS. Hola! ¿Con que es mania estimar á un hombre honrado...

ALVARO. No tal; la honradez es el mejor título de los ricos.

INÉS. De los ricos y de los pobres.

ALVARO. Sí, no lo niego: lo demás es farsa, bambolla y aire; la verdadera riqueza, el lujo que á nadie sienta mal, es la probidad. Corriente: te proporcionaré un marido á pedir de boca; un hombre honradísimo, intachable... El que tengo entre ojos no se me ha de escapar.

INÉS. Cómo se llama?

ALVARO. Si le conoces... Has debido verle en casa de Matilde. Es muy amigo de su marido.

INÉS. Pero ¿cómo se llama?

ALVARO. Luis Fajardo.
INÉS. En efecto, algunas veces le veia allí.
ALVARO. Le veias? Pues qué! no va ya?
INÉS. Creo que sí; pero habrá dado la casualidad de que no hayamos vuelto á encontrarnos.
ALVARO. En fin, le conoces. Y ¿qué te parece su figura?
INÉS. No me parece mal.
ALVARO. Y sus cualidades?
INÉS. Talento tiene; pero ha de ser algo extravagante.
ALVARO. No son esas mis noticias.
INÉS. Me habré equivocado. Sin embargo, al principio se me mostraba muy solícito, y aun creí que trataba de hacerme la corte; la última vez que le ví estuvo muy indiferente, y no lo disimuló, porque hizo por levantar el campo cuanto antes. No sé si diría yo alguna cosa que le desagradase.
ALVARO. No por cierto. ¿Sabes lo que seria? Que como hombre orgulloso, se sintió inclinado hácia tí, y viendo luego en tu dote un obstáculo insuperable, tocó retirada á tiempo.
INÉS. Siempre lo interpretas todo en favor mio. Y bien: ¿qué ha hecho de particular ese caballero?
ALVARO. Siendo hermano mayor, y habiendo quedado mejorado por su padre en la parte de bienes libres... Comprendes?
INÉS. Sí, rompió el testamento; eso ya lo sabia.
ALVARO. Y qué?
INÉS. Que eso lo hace cualquiera.
ALVARO. Pues hay muy pocos capaces de ello. Pudo quedarse con su mejora, sin faltar á la probidad... Ademas, en todas sus acciones procede del mismo modo. Estoy muy enterado de su conducta.
INÉS. En fin, veremos. Ya le someteré á la prueba.
ALVARO. A cuál?
INÉS. A una que pienso hacer en lo sucesivo con todos mis pretendientes.
ALVARO. Y no puedo yo saberla?
INÉS. No, porque en seguida se lo dirias á ellos.
CRIADO. El señor Ramirez está esperando en el despacho.

ALVARO. Mi agente de bolsa... Y por cierto que tengo un encargo urgente... Seguiremos despues la conversacion. (*Váse.*)

ESCENA VI.

INÉS, *sola.*

Pobrecillo! Como aceptase á uno de sus recomendados, habia de pesarle pronto... Intenciones me dan á veces de vestirme de pastorcita, á ver si enamoro con este traje al hijo de algun príncipe.

CRIADO. *(Anunciando.)* Don Luis Fajardo.

ESCENA VII.

FAJARDO.—INÉS.

INÉS. (*Ap.*) Tan pronto! No quiere perder tiempo.

FAJARD. (*Entra sin ver á Inés, que se pone á arreglar los papeles de música en el piano: se adelanta hasta la mitad de la escena, y recorriéndola con la vista, descubre á Inés.) (Ap.* Está aquí!) *(A ella.)* Perdone usted, señorita; se han equivocado sin duda al introducirme en esta sala... Su papá de usted me ha citado...

INÉS. Sí, ha salido un momento... Voy á avisarle.

FAJARD. No le moleste usted... volveré luego... ó le esperaré en mi casa.

INÉS. Como usted guste. (*Aparte.*) Está mas turbado que yo.

ESCENA VIII.

MATILDE.—INÉS.—FAJARDO.

MATILD. Mucho he tardado, verdad?... Calla! Fajardo! Gracias á Dios que se le ve á usted!

FAJARD. Tiene usted razon. Confieso mi culpa...

MATILD. No lo digo por eso... Sabe usted que le apreciamos siempre.

INÉS. Ya no queda usted solo: haga el favor de esperar á papá, que le avisaré al momento. (*A Matilde.*) Trae: llevarán tu carta.

ESCENA IX.

MATILDE.—FAJARDO.

MATILD. Quince dias hace que no se le ha visto á usted. ¿Es esa buena correspondencia?

FAJARD. Matilde, he estado lleno de ocupaciones. Estoy arreglando mis asuntos... y uno de ellos me trae aquí. Don Alvaro quiere comprar mi casa, y me ha rogado que venga para que tratemos del particular... No está muy puesto en uso el obrar así; pero me urge salir cuanto antes de este negocio.

MATILD. Que le urge á usted?

FAJARD. Sí, porque dentro de ocho dias me voy de Madrid.

MATILD. A dónde?

FAJARD. A Africa.

MATILD. A Africa? Ave Maria! Pues ¿hay quien vaya á Africa?

FAJARD. Sí, señora; y quien vuelva tambien; y la prueba es que me acompaña un amigo que va allá de regreso.

MATILD. Es capricho ir á meterse entre bárbaros... Y ¿va á ser larga la ausencia, que necesita usted arreglar sus negocios?

FAJARD. Ps... de un año, de dos, de tres... segun lo que Africa dé de sí.

MATILD. Amigo Fajardo, esa resolucion tiene trazas de desesperada... una especie de salto de Leucates.

FAJARD. No, señora, no.

MATILD. Vaya: la verdad; usted va á curarse de alguna dolencia.

FAJARD. No niego que el deseo de procurarme alguna distraccion no influya algo en propósito seme-

jante; pero hace tiempo que tengo determinado viajar, y no me faltaba mas que coyuntura y resolucion para llevar este intento á cabo.

MATILD. Hola! Retira usted la especie de confianza que empezaba á hacerme?

FAJARD. No sé cómo se me ha escapado, porque me gusta poco representar el papel de héroe de novela.

MATILD. Sin embargo, por huir de ese inconveniente, puede usted caer en el extremo contrario. Dé usted su brazo á torcer, que ni á mí se me ocultan ciertas cosas, ni soy capaz de burlarme de ellas.

FAJARD. No, Matilde; sé cuán buena es usted, y tengo pruebas de su amistad; pero me repugna hacer el quejumbroso y sentimental. ¿A qué hablar de esto? Cuando vuelva á Madrid, ya estará casada, será madre de familia, y se habrán desvanecido mis ilusiones.

MATILD. ¿Entonces sabré quién es?

FAJARD. Entonces le diré á usted su nombre.

MATILD. Con todo, creo que debiera usted obrar mas resueltamente. Yo solicitaria su mano, y así quedaría tranquila.

FAJARD. ¿Para qué, si estoy seguro de que, á Dios gracias, me la negarian?

MATILD. A Dios gracias?

FAJARD. Eso he dicho? Ha sido una distraccion.

ESCENA X.

DON ALVARO.—MATILDE.—FAJARDO.

ALVARO. Perdone usted que le haya hecho esperar tanto, señor Fajardo... aunque en tan buena compañia, no me habrá usted echado de menos.

FAJARD. Es verdad.

MATILD. Ustedes tienen que hablar, y á mí me están esperando. *(A don Alvaro.)* No diga usted á Inés que me he ido. Volveré pronto. Hasta luego, señores. (*Váse.*)

ESCENA XI.

DON ALVARO.—FAJARDO.

ALVARO. (*Acercando á Fajardo una silla.*) Yo hubiera debido pedirle á usted hora para pasar á verle, y no citarle á mi casa; pero mis ocupaciones y mis años, he creido que me autorizaban...

FAJARD. Ya ve usted, señor don Alvaro, que me he apresurado á venir. Usted quiere comprar mi casa de la calle de Fuencarral?

ALVARO. Sí, señor, y me ha parecido preferible que tratemos de este asunto entre nosotros, sin recurrir á tercero alguno. Los elogios merecidos que de usted me han hecho el señor Ribalta, la vizcondesa del Pino, y otros...

FAJARD. Favor que me dispensan, señor Peñalver. El año 51 me daban por mi finca treinta mil duros; hoy vale treinta y cinco mil; pero quiero salir de ella cuanto antes; y si es preciso...

ALVARO. Nada, nada, nos entenderemos; mas quiero perder con usted, que ganar con otro.

FAJARD. Muchas gracias; pero yo no trato de que nadie pierda conmigo.

ALVARO. Oh! ya sé que es usted muy desinteresado, y por eso tenia gana de conocerle. Le hablo á usted con toda sinceridad.

FAJARD. Yo le agradezco á usted mucho tanta benevolencia. ¿Ha visto usted la casa?

ALVARO. No; pero me ha dicho mi administrador que se halla en muy buen estado. Ni se limitarán á esto nuestras relaciones. Aquí puede usted venir siempre que guste. Los jueves tengo reuniones de confianza, á que suelen concurrir Ribalta y su señora, la vizcondesa y el baron de Yuncos; todos los cuales tendrán suma complacencia en que usted sea uno de mis favorecedores.

FAJARD. No puede ser la oferta mas halagüeña, pero de aquí á ocho dias, me ausento de Madrid.

ALVARO. Se ausenta usted?

FAJARD. Voy á pasar algun tiempo en Africa; viaje que

me obliga á vender mi casa, para no dejar abandonada esta parte de mis intereses. De suerte que...

ALVARO. Ya! ¿Va usted destinado...

FAJARD. No, señor; es un viaje de recreo.

ALVARO. ¿Nada tiene usted en Madrid que le llame la atencion?

FAJARD. Ps! amigos que no se olvidarán de mí.

ALVARO. Lo supongo; pero á su edad de usted suelen contraerse vínculos mas estrechos y al propio tiempo menos seguros que los de la amistad.

FAJARD. Seré yo una excepcion de esa regla.

ALVARO. Seguramente, y he debido adivinarlo, pues si su corazon de usted cediese á algun atractivo, no lo menospreciaria tan fácilmente. El suegro mas aprensivo se tranquilizaria con esta prueba. Y á propósito de suegro, ¿no piensa usted en casarse?

FAJARD. Cómo, yéndome á Africa?

ALVARO. Perdone usted mi curiosidad, que le parecerá hija de mi carácter, y lo es en esta ocasion del afecto que á usted profeso; de un afecto que, atendida mi edad, bien puede calificarse de paternal.

FAJARD. Doy á usted un millon de gracias; y á fé que ignoro los títulos que haya en mí para tanto merecimiento.

ALVARO. Un hombre como usted tiene derecho á toda suerte de preferencias.

FAJARD. Cada vez me deja usted mas confuso; y asi le ruego que volvamos á tratar del asunto á que aquí he venido.

ALVARO. Esa modestia, tan natural en usted, me encanta. Crea usted que es rarísima en el mundo. El que usted no sea rico ¿qué importa? Para mí la honradez es muy superior al dinero; la opulencia no ha podido bastardear la sencillez de mi corazon. Aquí donde usted me ve, vine á Madrid con abarcas; condicion que no olvidaré en mi vida.

FAJARD. (*Ap.*) A qué vendrá todo esto?

ALVARO. Ni debo vanagloriarme mucho de pensar así. He hecho una de esas fortunas en que el dine-

ro no representa mas que una exterioridad; tengo todo cuanto se adquiere con él, pero carezco de las cosas que no se compran, de la tranquilidad, de los goces del corazon.

FAJARD. Lo creo muy bien; y solo quisiera saber por qué ha formado usted ese empeño de adquirir mi casa, teniendo, como tiene, otras.

ALVARO. Tengo muchas, sí, señor; mas ¿qué quiere usted?... Dias pasados, hablando de mi hija, le decia á un amigo que mi única ambicion era casarla con un hombre irreprensible.

FAJARD. Trabajo le costará á usted hallarle.

ALVARO. Demasiado sé cuán difícil es; y así el dia que lo consiga, será el mas feliz de mi vida.

FAJARD. Cierto; pero señor don Alvaro, nos hemos olvidado del objeto de mi visita. Mi procurador me ha dicho que daba usted veinticinco mil duros: partamos la diferencia.

ALVARO. (*Levantándose*) Qué diantres! Yo no puedo hablar mas claro. Enhorabuena que mi fortuna me consienta, y hasta me prescriba dar el primer paso; pero usted debiera haberme ya comprendido, y ahorrarme tantas explicaciones.

FAJARD. Como usted guste... Me tiene usted á su disposicion.

ALVARO. Pues bien, hágame usted el favor de comer hoy con nosotros.

FAJARD. Veo que no nos entendemos. Sus indicaciones de usted son en extremo honrosas para mí; pero, en fin, no pienso casarme.

ALVARO. Eso ya es decir algo. Su frialdad de usted me confirma en la idea que tenia formada de su carácter. Otro se hubiera arrojado á mis pies... No, no; yo no me pago de finjimientos ni humillaciones. Usted es el yerno que yo buscaba.

FAJARD. Pero ¿no acabo de decir que no pienso casarme?

ALVARO. Ya lo he oido... ¿qué importa? Variará usted de pensamiento asi que vea á mi hija.

FAJARD. Es que...

ALVARO. No hay remedio. Usted no puede negarse á tratarla. El único inconveniente que hay es que se enamore de ella... á no ser que la desagrade usted, en cuyo caso no hay nada de lo dicho, por-

que eso sí, Ines ha de disponer libremente de su mano; aunque yo la conozco, y creo que ha de agradarla usted.

FAJARD. Pero, por Dios, si estoy determinado á marcharme dentro de ocho dias.

ALVARO. Para entonces ya está usted perdidamente enamorado.

FAJARD. Señor don Alvaro, su deseo de usted es irrealizable.

ALVARO. (*Despues de un momento de silencio.*) Corriente. No riñamos por eso. Es usted el hombre mas original que he conocido.

FAJARD. De manera que la compra de mi casa era un pretexto...

ALVARO. Pues es claro.

FAJARD. Beso á usted la mano.

ALVARO. Beso á usted la suya, (*Va acompañando á Fajardo hasta la puerta.*) señor... Bien mirado, su proceder de usted no es natural. No hay aversion al matrimonio tan pertinaz, que resista á las ofertas que acabo de hacer á usted. Preciso encubre usted algo...

FAJARD. ¿Qué puedo encubrir?

ALVARO. Qué sé yo? Un hombre que se niega hasta á tratar á mi hija, parece que está prevenido no tanto contra el matrimonio, como contra ella... Y si acaso... Ella es algo aturdida, efecto de sus pocos años... á mí no me faltan envidiosos... ¿Quién se ha atrevido á calumniarla?

FAJARD. Pero esa es una suposicion...

ALVARO. Suposicion muy fundada, amigo mio. De los motivos que haya usted podido tener para obrar asi, ninguno me parece razonable. Sea usted franco; dígame la verdad; soy padre; no me deje usted en esta incertidumbre!

FAJARD. Señor don Alvaro, le aseguro á usted...

ALVARO. Pero si ahora recuerdo circunstancias... Mire usted: usted vió á mi hija en casa de Matilde; la inclinacion que usted la demostró, se trocó de pronto en indiferencia calculada. Por qué? Qué le dijeron á usted? Quién se lo dijo? Por Dios, dígame usted quién, que yo le desmentiré en su cara.

FAJARD. De su hija de usted habla todo el mundo con respeto. No es esa la causa de mi oposicion...

ALVARO. Luego no es por aversion al matrimonio... Es otra la causa? Cuál?

FAJARD. Permítame usted callarla.

ALVARO. Sí, no cabe ya duda... Todas esas reticencias... ¡Oh Dios! Pobre Inés mia! Pero, caballero, usted tambien cree en esa calumnia, cuando no se atreve á repetirla?.. ¿Habrá cometido Inés una imprudencia?.. Lo sabré, lo sabré ahora mismo. (*Va á tirar de la campanilla.*)

FAJARD. Qué va usted á hacer?...No es ella quien dá ocasion á las hablillas de las gentes.

ALVARO. Pues quién?..

FAJARD. Me veo forzado á decirlo... Usted!

ALVARO. (*Riéndose.*) Yo?.. Acabáramos! Y de mí ¿qué dicen?

FAJARD. Critican el orígen de su fortuna: hablan de especuladores que se declararon en quiebra, porque contaban con un crédito de que usted les privó repentinamente.

ALVARO. Calla! Pues ¿no estaba yo en mi derecho?

FAJARD. Pero añaden que usted compró sus efectos á precio tan ínfimo...

ALVARO. Para qué los sacaron á la venta!

FAJARD. Hablan asimismo de ciertos accionistas arruinados...

ALVARO. Sí, en empresas ruinosas.

FAJARD. Pero que no lo fueron para usted... Así como de pleitos escandalosos...

ALVARO. Todos los he ganado. Tengo yo la culpa de haber tropezado con bribones?..

FAJARD. Poco á poco, señor mio. Mi padre fué uno de esos á quienes usted califica tan duramente.

ALVARO. Su padre de usted? No recuerdo... ¿Cuál era el negocio...

FAJARD. El de las minas de cobre...

ALVARO. Ah! no lo tenia presente... al cabo de tanto tiempo... Pero si mis accionistas han perdido algun pleito, ha sido por no tener la justicia de su parte.

FAJARD. Bueno; me importa poco. Si yo no acepto mano de su hija, es por el dote que lleva,

no porque su reputacion de usted se ponga en duda. La mia está muy bien sentada para que se manchase con la de usted sí fuese pobre; pero no quiero ser cómplice de su fortuna, participando de ella. Yo puedo llegarme sin reparo á un hombre cuya probidad se niega, pero á su dinero, nunca! Por esto, aun dado que el mundo fuese injusto con usted, con su yerno no lo seria; y así renuncio desde ahora á la honra con que usted me brinda. Adios, señor don Alvaro. Usted dará el nombre de ingratitud á esta franqueza; pero recuerde usted que no me ha dejado otro arbitrio su porfia. (*Ap.* Ay, Inés! Ya te he perdido!) (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON ALVARO, *solo.*

Qué insolencia! Ese hombre es un orate. Mejor es tomarlo á risa. Pues no dice que soy un pícaro, y tengo treinta millones!.. Ha estado gracioso el lance! (*Volviéndose hácia la puerta por donde ha salido Fajardo.*) A mí me asistian derechos, entiende usted? Yo no he infringido las leyes; estoy á cubierto de toda responsabilidad; y si á usted no le tiene cuenta, so estúpido, ¡ahórquese usted de un clavo! Pues no está poco hueco porque no ha robado á su hermano! Al darte yo á mi hija, miserable, obraba tan bien como tú al romper el testamento, y mejor todavia... porque yo no le debia á usted nada, y usted sí á su sangre, y al derecho natural y eterno. Mi palabra! Es que hay gentes para quienes no es uno hombre de bien, si no se muere de hambre! No: mejor hubiera sido dejarme desplumar por el autor de sus dias y sus acólitos! La culpa me tengo yo en haber hecho caso de ese don Quijote! ¡Mire usted el imbécil, que se cree obligado á renunciar al beneficio de la ley! Pues si el testamento era legal, como yo le decia á mi hija, la probidad te permitía aceptarlo. Pero no; no lo

hiciste, por orgullo. Qué me importa á mí su altivez! ¡Iré yo á tener respeto á un mozo que no respeta la postrera voluntad de su padre, y prescinde de los mas sagrados sentimientos de la familia! Buen yerno iba yo á granjearme! Mi hija! Mi hija! No le faltarán pretendientes, y mas ricos que él, y de mejor traza, y de mas talento.

ESCENA XIII.

RAMIREZ.—DON ALVARO.

RAMIR. Yo, yo soy, que vuelvo...

ALVARO. Qué se le ofrece á usted?

RAMIR. Avisarle de que la baja va siendo decisiva; las noticias recibidas de Paris...

ALVARO. No importa; compre usted cuanto se le presente: la baja no puede sostenerse.

RAMIR. ¿Está usted seguro...

ALVARO. Segurísimo: no hay cuidado. De esta hecha, doblo mi capital. A la alza! á la alza! *(Se sienta en el sofá junto á la chimenea.)*

RAMIR. Como usted guste. Yo me lavo las manos. Hasta luego.

ALVARO. Tan pronto se va usted?

RAMIR. Tengo una cita.

ALVARO. Hola! hola! Picarillo!

RAMIR. Cita de negocios. No vaya usted á creer... Estoy fuera de combate.

ALVARO. Fácil es, á su edad de usted!

RAMIR. *(Pasando á colocarse de espaldas á la chimenea.)* La edad no alza ni baja. Soy soltero, y por sistema procuro sacar el partido posible de este estado.

ALVARO. Pero, vamos, que alguna vez habrá usted deseado casarse.

RAMIR. *(Sentándose en el sofá.)* Treinta años tengo; si usted sabe de alguna proporcion, proporcion de esto *(haciendo con los dedos como quien cuenta dinero)* se entiende...

ALVARO. Ya! Con que usted tambien aspira á hacer fortuna?

RAMIR. No, que soy tonto!

ALVARO. Eso me gusta, que sea usted franco. Y por supuesto no hará usted alarde de sentimentalismo?

RAMIR. Ca! No señor. Sé mantenerme en un buen término medio; porque si bien es verdad que no me casaria con la misma Vénus, como no fuese provista de un buen dote, tampoco apechugaré con dote alguno, si no es bonita la mano que me le ofrece. Las mujeres feas, aunque lleven un Potosí, no son negocio; dan mal aire á la casa, y no le ahorran á uno de hacer gastos tanto mas ruinosos, cuanto que tienen que ser secretos. Hé aquí mi programa.

ALVARO. *(Levantándose, y cogiéndose del brazo de Ramirez.)* Será usted un marido... de cuenta y razon.

RAMIR. Como que no hay ningun sentimiento estable que no esté basado en la aritmética. *(Comienzan á pasearse del brazo.)*

ALVARO. Justo; el cimiento de todo edificio somos los hombres de cálculo; los apasionados son tierra inútil y movediza.

RAMIR. Y luego que la aristocracia del dinero no vale menos que la de sangre.

ALVARO. Por eso nosotros debemos enlazarnos recíprocamente.

RAMIR. Sí, señor; y al fin hacemos nuestra suerte honradamente, á fuerza de trabajo.

ALVARO. Y tanto! Lo cual basta para que vivamos con la conciencia tranquila, despreciando las murmuraciones de la calumnia.

RAMIR. La calumnia! Yo me burlo de ella. Es el espantajo con que tratan de amedrentarnos. Como si fuese difícil imponer silencio á los murmuradores.

ALVARO. Cierto.

RAMIR. Y si no, ¿á que nadie habla mal de su ayuda de cámara de usted, Benito?

ALVARO. Hombre, es verdad! Benito! Pobrecillo! Sabe usted que me ha sugerido una grande idea? Tie-

ne usted un talento envidiable. Vaya, es preciso que hoy coma usted con nosotros.

RAMIR. No tengo ocupacion que me lo impida.

ALVARO. Habia convidado á un pretendiente de mi hija; pero le he dado carta de pago.

RAMIR. Pues cómo?

ALVARO. Era un linajudo encopetado, que se figuraba ser nuestra redencion... lo que nos conviene es un jóven capaz de adquirir posicion, como yo la he adquirido.

RAMIR. *(Ap.)* Tate! tate!

ALVARO. *(Cogiendo á Ramirez de las manos.)* Porque ha de saber usted que yo vine á Madrid con abarcas; de lo cual me gloriaré siempre. Y á mí me gustan los jóvenes entendidos y laboriosos; y no solo me gustan, sino que me complazco en protegerlos.

RAMIR. *(Con timidez.)* Diga usted: ¿y se contentará con uno que, poco mas ó menos, se gana al año unos ocho mil duros?

ALVARO. Sí, señor... siempre que sea del agrado de mi hija.

RAMIR. Pues aquí me tiene usted; y si me autoriza para aspirar á su mano...

ALVARO. Por qué no? Franco tiene usted el palenque; pero le prevengo que ella es la que ha de coronar al vencedor.

RAMIR. Yo procuraré serlo.

ALVARO. Y que el empeño es árduo, porque no gusta, como nosotros, de la aritmética.

RAMIR. Bien; pues recomiéndeme usted á ella como un marino distinguido.

ALVARO. ¿Marino usted?

RAMIR. He navegado algun tiempo; además de que no soy un bolsista adocenado; sé cantar, dibujo alguna cosa, compongo versos, y hablo en inglés.

ALVARO. Hombre! en inglés? Pues, cómo?

RAMIR. He estado en Lóndres seis meses.

ALVARO. Perfectamente. Todo esto da un realce brillante al hombre de negocios.

RAMIR. Con que quedamos...

ALVARO. En que hasta luego.

RAMIR. Hasta luego. *(Ap.)* Ya me he hecho hombre! *(Váse.)*

ESCENA XIV.

Don Alvaro.

Vean ustedes un mozo simpático! Pero si Inés no fuese de mi opinion! Bah! un hombre que canta, escribe versos y sabe inglés... Y en todo caso, mi autoridad paternal... Pues, señor, este es es el hombre que yo buscaba.

ESCENA XV.

Inés.—Don Alvaro.

Inés. Papá ¿qué tal tu héroe?
Alvaro. Le he dado calabazas.
Inés. Qué lástima! Por qué? ¿Se ha vuelto atrás en lo del testamento?
Alvaro. No.
Inés. ¿No ha sabido echarse á tus pies...
Alvaro. Tampoco. Se marcha á Africa.
Inés. A Africa? Pero ¿le has puesto mi dote por delante?
Alvaro. Eso es! Iria á ejercer esa especie de soborno...
Inés. Entonces no sabe lo que se pierde.
Alvaro. Demasiado se lo he dado á entender.
Inés. Y se marcha, sin embargo?
Alvaro. Parece que sí. Está loco.
Inés. Pero á lo menos no le tacharás de interesado.
Alvaro. Es un zascandil. Te presentaré en su lugar al señor Ramirez, jóven apreciabilísimo, que se ha distinguido mucho en la marina.
Inés. Y Fajardo ¿es rico?
Alvaro. Qué ha de ser? cuatro ó cinco mil duros de renta.
Inés. Y me desprecia? Prueba de que es honrado...
Alvaro. Honrado? Extravagante!
Inés. Bien: eso queria decir. ¿Si será que no le haya yo gustado?
Alvaro. Tal vez; porque aquella traza de estúpido...

INÉS. No creia yo ser tan fea. Vamos querrá casarse por amor.

ALVARO. Pues que busque allá en Africa una princesa de las *Mil y una noches*. En fin, verás á Ramirez...

INÉS. Quién es Ramirez?

ALVARO. El jóven de quien te he hablado.

INÉS. Cuándo?

ALVARO. Pues si acabo de decírtelo! Viene á comer con nosotros. Anda, vé á vestirte, y ponte bonita como tú sabes.

INÉS. Para ese señor Ramirez? Al momento. (*Váse.*)

ALVARO. Vamos, no ha puesto mala cara á mi protegido: buena señal. El es listo ; se apasionará al punto de la muchacha... Nada : y para que tengan desde luego su poquillo de interés. voy ahora mismo á cederles mi hacienda de la Hinojosa.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete en casa de Matilde.—A la izquierda una chimenea; á la derecha una puerta que guia á las habitaciones interiores.—En el fondo, á la derecha, la puerta de una sala en que se vé un sofá, un velador, etc.—En el mismo fondo, á la izquierda, una puerta que conduce al exterior; y en medio un sofá y un espejo.—Mesa en el primer término, á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

RAMIREZ.—MATILDE.—INÉS.—SOLFERINO.— *Inés y Solferino están sentados junto á la mesa.*

MATILD. Lo cierto es, señor Ramirez, que no ha querido usted que oigamos en mi casa la cancion que despues de comer cantó ayer en casa del señor don Alvaro... Y es muy bonita... (*A Inés y Solferino.*) Verdad? *(Se sienta al lado de Inés.)*

SOLFER. Es una cancioncilla graciosa.

RAMIR. Cancioncilla la llama usted?

SOLFER. ¿Es por ventura alguna cosa sublime?... ¿Usted no es aficionado á la música estética?

RAMIR. No, señor; ni sé lo que es.

SOLFER. Ya se conoce. Usted es de la escuela antigua, que pretendia reducir el arte á la expresion de los sentimientos.

RAMIR. Y usted ¿de qué escuela es?

SOLFER. (*Levantándose.*) Yo de la ideológica.

RAMIR. Ideológica?

SOLFER. Sí, señor. Ya es nuestro el triunfo. El espíritu humano cambia de vez en cuando de instrumento, y mientras se sirve de uno, se está pre-

parando otro. En la infancia de las lenguas ¿cuál fué el instrumento de la inteligencia? La arquitectura; pero se perfeccionan las primeras, se apodera de ellas el pensamiento, y empieza á decaer el arte de las pirámides. Hoy está ya la lengua en decadencia, y la música es la que la sustituye.

RAMIR. Demontre! Pues ya que la música habla tan claro, haga usted el favor de repetir en el piano todo eso que acaba de decirme.

SOLFER. *(Con sequedad.)* Caballero, yo entendí que hablaba usted formalmente.

RAMIR. Y yo que usted discurria de broma...

SOLFER. Es que...

MATILD. *(Interrumpiéndole y levantándose.)* Ea, señores...

INÉS. *(Levantándose.)* He observado que los hombres se ponen de mal humor, si despues de comer no fuman.

MATILD. Ambos se han portado ustedes como caballeros; ahora á fumar un cigarro.

RAMIR. Yo no fumo.

SOLFER. Yo tampoco. *(Ap.)* Este me huele á rival.

INÉS. Nosotras nos quejamos de los fumadores, pero tenemos por ridículo al que no fuma.

RAMIR. *(Ap.* Qué niña tan cócora!) *(En voz alta.)* Cuando digo que no fumo, quiero decir...

INÉS. Sí, que fuma usted mucho.

RAMIR. No, señora; cigarrillos de papel.

SOLFER. Pues yo fumo puros, y treinta al dia.

MATILD. Pues mi marido les proveerá á ustedes.

RAMIR. Es decir que estamos aquí de mas. Obedecemos.

SOLFER. *(Ap.)* Nada: este es mi rival! *(Vánse.)*

ESCENA II.

INÉS.—MATILDE.

INÉS. Gracias á Dios que estamos solas.—¿Sabes que desde ayer mañana me han ocurrido mil cosas que contarte?

MATILD. De veras? Me alegro! Empieza.

INÉS. Anoche te irias á acostar creyendo que el pretendiente de que papá habia hablado era Ramirez, ¿no es cierto?

MATILD. Seguro.

INÉS. Pues Ramirez era solo un sustituto. Su cubierto estaba destinado á otro.

MATILD. Qué me dices?

INÉS. Lo que oyes. Ayer, á las cuatro de la tarde, hubo un hombre que lisa y llanamente, y con la mayor frescura del mundo, rehusó mi linda mano. Y ¿á que no sabes quién fué? Uno que no es rico, y se empeñó en despreciar mi dote de diez millones.

MATILD. Cómo se llama?

INÉS. El ave fénix... Fajardo.

MATILD. Ah! si es él, ya no me asombra.

INÉS. No te asombra!... ¿Tú le creias capaz...

MATILD. Sí, por cierto.

INÉS. Y por qué no me lo habias dicho? ¿Con que eres tan reservada? ¿Me dejas saludar á un héroe de los tiempos fabulosos, sin prevenírmelo?

MATILD. Inés, no te burles de él, que es un gran corazon.

INÉS. O un loco.

MATILD. Un gran corazon, te digo. Mas ¿por qué aburrias con tantas impertinencias al pobre Ramirez en la mesa? Yo creí hacerte un favor convidándole á comer.

INÉS. Te equivocaste. Mis impertinencias son efecto de un sistema que he inventado para probar á mis pretendientes. Si las sufren, es que solo van tras mi dote, y los dejo colgados.

MATILD. De manera que á todo el que no te deja, le dejas tú?

INÉS. Exactamente.

MATILD. Conviene, sin embargo, ser un poquito amable....

INÉS. Un poco sí, pero no mucho, cuando una es rica. ¿Juzgas que un hombre de dignidad, por ejemplo, Fajardo, se hubiera conducido como Ramirez?

MATILD. Tampoco es este tan despreciable. Tiene buena

figura, no carece de talento, improvisa versos...

INÉS. Di ¿cuánto tiempo pasará en Africa?

MATILD. Fajardo? Tres años.

INÉS. Tres años!... Y ¿cuándo emprende la marcha?

MATILD. (*Acercándose á ella.*) Veo que piensas en él demasiado. ¿Te ha picado su indiferencia?

INÉS. Qué bobada! Al contrario, se la he agradecido, y quisiera que fuésemos amigos.

MATILD. (*Yendo hácia la chimenea.*) La ocasion no es muy oportuna. Ya ves, se va dentro de ocho dias.

INÉS. Eso es lo que siento... Si le hubiera conocido antes... (*Matilde se sienta junto á la chimenea, é Inés cerca de la mesa. Un criado anuncia á Fajardo.*)

ESCENA III.

FAJARDO.—INÉS.—MATILDE.

MATILD. Ahí le tienes.

FAJARD. (*Sin ver á Inés.*) Matilde... (*Alargándola la mano.*)

MATILD. Hola! Veo que no es usted incorregible.

FAJARD. Es visita de despedida. Me voy de Madrid esta misma noche.

MATILD. Tan pronto!

FAJARD. Si tiene usted algo que mandarme...

MATILD. Nada por mi parte. Inés, ¿quieres algo para Africa?

FAJARD. (*Al ver á Inés se levanta y la saluda.*) Señorita, usted me perdonará... (*Inés le hace una inclinacion de cabeza. A Matilde.*) Siento que mi visita sea tan breve.

MATILD. Pero qué! ¿no va usted á pasar un rato con nosotros?

FAJARD. A las nueve me espera un amigo para darme cartas de recomendacion.

MATILD. Pero un cuarto de hora siquiera. Yo no me despido en tan poco tiempo.

FAJARD. Entre amigos, por mucho que se prolongue una despedida, siempre parece breve.

MATILD. Y á que hora se marcha usted?

FAJARD. A las diez; mas así que salga de esta casa, me contemplaré ausente de Madrid. Adios, Matilde. *(A Inés.)* Señorita...

INÉS. *(Levantándose.)* Adios, señor Fajardo... *(Le alarga su mano, que Fajardo no se atreve á coger.)* ¿No quiere usted estrechar mi mano, que es tambien la de una amiga?

FAJARD. *(Dándole la suya.)* De una amiga?

INÉS. Sí; ¿qué tiene de particular? Mi papá me ha hablado mucho de usted.

FAJARD. Ah! y ¿qué ha dicho? No lleve usted á mal mi indiscrecion.

INÉS. Me ha hecho de usted grandísimos elogios.

FAJARD. ¿Es posible?

INÉS. Me ha dicho que era usted un extravagante, un don Quijote.

FAJARD. *(Sonriéndose.)* ¿Y esos son elogios? ¡Y usted se llamaba amiga mia!

INÉS. No encuentro palabra mas adecuada... La pobreza de la lengua... ¿Qué nombre daria usted al sentimiento que une á dos viajeros ausentes de su pátria? Amistad, dice demasiado; afecto no expresa con exactitud...

FAJARD. ¿Confianza?

INÉS. Eso es confianza... Pues yo la tengo en usted; ambos venimos de una tierra lejana, de la tierra en que se menosprecia el oro...

FAJARD. Y ¿quién le ha dicho á usted que soy yo de esa tierra?

INÉS. Esa es una historia que me ha referido mi papá.

FAJARD. ¿De véras?

INÉS, *(Acercándose á la silla que está á la derecha de la mesa; Matilde ofrece una á Fajardo, y este se sienta.)* Una historia, de que, á decir verdad, no he comprendido palabra. Figúrese usted un hombre que se desdeña de hacer un magnífico negocio, porque da en la tonteria de mirar el dinero como cosa despreciable... ¿Qué le parece á usted?

FAJARD. Que ese hombre no es vanidoso ni modesto; es cuestion de temperamento, señorita; á mí, el

mucho dinero me hace el mismo efecto que el excesivo calor, me ahoga.

INÉS. ¿De modo que usted está por el frio?

FAJARD. Tampoco: estoy por las estaciones medias.

INÉS. ¡Ya! es usted ecléctico! Dicen que esa filosofía es muy bonita para ponerse en verso.

FAJARD. Sí, señora, y para profesarse en prosa.

INÉS. ¿Luego usted preferiria ser pobre?

FAJARD. Muchas veces me dan envidia los que lo son. La pobreza es la diosa del mundo; y si viviésemos en tiempo de la mitologia griega, desearia que se la erigiese un templo con esta inscripcion: *A la madre del Universo!*

INÉS. Dios mio! qué entusiasmo!

FAJARD. (*Levantándose.*) Sí, porque de ella emana todo lo grande, todo lo útil, todo lo bello. Trabajo, esfuerzo, génio, fecundidad, á ella le son debidos; y sin ella, ni aun el amor existiria.

MATILD. (*Levantándose.*) El amor! Estoy maravillada...

FAJARD. Pues qué? ¿Tenemos nosotros algo de comun con nuestras mujeres? Ni siquiera la habitacion que ocupamos. ¿Qué estímulo nos ofrecen, ni nosotros qué proteccion á ellas? Cuando los pobres dicen que la mujer es su mitad, les hacemos burla; y sin embargo ¡qué palabra tan expresiva! Mucho deben amar en efecto á esta mitad de sus desvelos, de sus alegrias y sus esperanzas.

MATILD. Bueno era usted para escribir un melodrama, en que los pobres son siempre ángeles, y los ricos demonios.

FAJARD. Me guardaria bien de semejante vulgaridad: mi padre fué rico, y á pesar de esto mostró que la fortuna puede engrandecer á un hombre honrado.

MATILD. No digo que no: pero en esa asercion hay mucho de paradoja.

FAJARD. Paradojas hay preferibles á la verdad. Esta por lo menos tiene la ventaja de no ser nociva á nadie.

MATILD. No; no tema usted que se haga contagiosa.

INÉS. ¡Ojalá se hiciera!

MATILD. Dios los cria, y ellos se juntan... Todo eso te parecerá admirable.

INÉS. Y mucho, porque es la expresion exacta de mis sentimientos.

FAJARD. *(Acercándose.)* Es verdad, señorita.

INÉS. Usted ¿qué sabe?

FAJARD. Tengo el gusto de conocer á usted hace mucho tiempo.

INÉS. Hasta en esto nos asemejamos.

FAJARD. ¿Sabe usted la conversacion que ayer tuve con su papá? *(Inés baja los ojos y se levanta.)*

MATILD. ¡Fajardo!

FAJARD. Dejémonos de cumplimientos, señora; no siempre hemos de ser esclavos de las conveniencias sociales. ¿No le ha dicho á usted su papá que me permitia aspirar á su mano, y que yo he renunciado á este honor?

INÉS. ¿A qué negarlo?

FAJARD. Y ¿no le ha inspirado á usted esta conducta la mas desfavorable opinion de mí?

INÉS. Al contrario; ha procedido usted como un caballero, y héchose por lo mismo acreedor á mi estimacion.

FAJARD. Ah! Entonces no he apreciado á usted en lo que vale. El hombre que logre ser esposo de usted será digno de envidia, si merece gozar tanta fortuna. *(Ofreciéndola la mano)* Adios, adios, Inés. No es atrevimiento en mí, pues me ha ofrecido usted su amistad, el aceptarla con orgullo. Viva usted colmada de felicidades, que le juro es mi único deseo. Cuando volvamos á vernos *(Soltándole la mano.)* ya será usted esposa, y su solicitud se ocupará en otros cuidados. Conserve usted un recuerdo de este pobre viajero, que la tendrá á usted siempre presente en su memoria. ¡Adios, adios! *(Vase.)*

ESCENA IV.

MATILDE.—INÉS.

MATILD. ¡Qué conmovido va!

INÉS. *(Con cierto embarazo.)* Ya ves: una ausencia de tres años...

MATILD. Sí; no es para menos.
INÉS. ¿Has visto en las tiendas alguna tela nueva?
MATILD. No. Si Fajardo fuese á Paris...
INÉS. Y papá que no viene...
MATILD. Debes alegrarte de que no le haya encontrado aquí.
INÉS. ¿Sabes que has dado muy buena comida?
MATILD. Sí; cambia de conversacion.
INÉS. ¿Yo? ¿A qué fin he de cambiar...
MATILD. ¿Te incomoda hablar de Fajardo?
INÉS. ¿A mí? No por cierto. Hablemos de él cuanto quieras. ¿Qué se te ocurre decirme?
MATILD. Una sola cosa: que no pienses tanto en él.
INÉS. Estás loca? Te figuras que soy alguna heroina de novela..? ¿No puede estimarse á un hombre sin pensar de contínuo en él? Vaya, me obligarás á que le mire con prevencion.
MATILD. Menos malo fuera eso.
INÉS. Pues no me falta mucho. Así como así, ha estado tan sándio con su panegírico de la pobreza, y se muestra tan pagado de su desinterés... Y luego se enternece con tal mal gusto... Además lleva una sortija en el dedo pequeño, que me parece un sentimentalismo ridículo.
MATILD. Esa sortija era de su madre.
INÉS. Ya no digo nada... pero, y el guardapelo que lleva colgado de la cadena del reló ¿es tambien de su madre?
MATILD. Qué tal, si has reparado en todo!
INÉS. Cuando está una fastidiada, se entretiene en cualquiera cosa. ¡No seria yo mala tonta si pensase en un hombre que me desdeña á mí y se ausenta por tres años. ¿Cuántos vendrá á tener?
MATILD. El? Treinta y uno.
INÉS. Digo! Treinta y cuatro cuando vuelva! Un hombre de edad madura.
MATILD. (*Yendo á sentarse á la chimenea.*) Nada: yo en tu lugar preferiria á Ramirez.

ESCENA V.

DON ALVARO, *saliendo de la sala.*—INÉS.—MATILDE.

INÉS. Gracias á Dios! Creí que en toda la noche no venias.

ALVARO. ¿Por qué se ha ido Ramirez con nosotros? Le has enviado tú?

INÉS. Tenia ganas de fumar...

ALVARO. *(Con sequedad.)* De estarse aquí, era de lo que tenia gana; pero basta que yo me interese por uno, para que tú le frunzas el ceño.

MATILD. Si es una prueba de que se vale...

ALVARO. ¡Qué pruebas, ni qué calabazas! Esto ya es hacer mofa, y acabarás por casarte con un cernícalo.

INÉS. No; empezaré por ahí si tú te empeñas.

ALVARO. Ramirez es un jóven estimable; y ya estoy harto de ceder á tus caprichos.

INÉS. *(En medio del teatro.)* Pues bien, ni con Ramirez ni con ningun otro quiero casarme.

ALVARO. *(Se levanta y se acerca á ella. Irritado.)* Es que... *(Conteniéndose)* te lo ruego yo.

INÉS. *(Sonriéndose.)* Jesus! Me habias asustado.

ALVARO. Sí, déjate guiar por mis consejos, y no malogres esta ocasion que se nos presenta. Yo no viviré tranquilo hasta que te deje colocada. A fé que Ramirez no te disgustaba ayer.

INÉS. Puede ser; pero hoy me disgusta mucho.

MATILD. *(Acercándose á Inés.)* ¿Sabes lo que va á buscar Fajardo al fin del mundo?

INÉS. Qué?

MATILD. El olvido. Ama á una mujer; me lo ha confesado...

INÉS. ¡Ama...

MATILD. Y no puede unirse á ella.

INÉS. Y esa mujer ¿quién es?

MATILD. No me lo ha dicho.

ALVARO. Y á nosotros ¿qué nos importa? ¡Cuidado si eres curiosa! *(Se sienta á la izquierda de la mesa.)*

INÉS. Pobre jóven! Entonces hace bien en alejarse: huirá, no para olvidar él, sino para que le olviden. Ahora comprendo por qué estaba tan conmovido. ¡Qué padres hay tan desnaturalizados!

ALVARO. Y ¡qué hijos tan ingratos!

INÉS. No lo dirás por mí.

ALVARO. Una niña de cuya voluntad he sido esclavo, me niega el único consuelo que de ella espero.

MATILD. No; no se lo negará á usted: ¿verdad, Inés?

INÉS. *(A don Alvaro.)* ¿Cifras en esto tu felicidad?

ALVARO. Sí.

INÉS. Pues dispon como gustes de mi mano.

ALVARO. *(Abrazándola.)* Ah! qué dichoso soy! ¿No lo eres tú tambien, dándome esta alegria? pero no pongas los ojos así tan tristes.

INÉS. *(Sonriéndose.)* ¿Estoy yo triste, Matilde?

MATILD. No; son aprensiones de papá, que no puede reprimir el exceso de su cariño.

CRIADO. *(Que entra por la puerta lateral de la derecha.)* El señor ruega á usia que pase á la sala, donde hay ya bastante gente. *(Se acerca á la chimenea y se pone á arreglarla.)*

MATILD. *(A Inés.)* Ven; sírveme de introductora. *(Vánse.)*

ESCENA VI.

DON ALVARO.—EL CRIADO.

ALVARO. *(Ap.)* Apresuremos este matrimonio, no sea que el mundo... Hay peripecias tan inesperadas en la opinion que se tiene de las gentes... Sí; es preciso que Inés se case. *(Al criado.)* ¿Qué visitas han entrado?

CRIADO. *(Metiendo las manos en los bolsillos.)* El señor baron de Yuncos, la señora generala...

ALVARO. Cómo se entiende! Hablarme á mí con las manos en los bolsillos!

CRIADO. Pero, señor...

ALVARO. Tunante! Si no te quitas de mi presencia...

CRIADO. Estaba buscando la llave de esta lámpara para darle cuerda. *(Se la dá.)*

ALVARO. *(Dándose una palmada en la frente.)* *(Ap.)* Dios

mio! Si desde ayer no sé lo que me hago... Creo que todo el mundo se ha conjurado contra mí... Estoy loco! (*Vase el criado por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

FAJARDO.—DON ALVARO.

FAJARD. (*Entrando por la puerta lateral.*) Señor don Alvaro, me alegro de hallar á usted.

ALVARO. A mí?

FAJARD. A usted, en cuya busca venia. Salgo ahora mismo de una casa, donde he oido una especie tan extraña, que despues de lo que ocurrió ayer entre nosotros, me parece de todo punto inverosímil.

ALVARO. ¿Qué decian?

FAJARD. Que un tal Ramirez va pregonando por todas partes que se casa con su hija de usted.

ALVARO. ¿Y es inverosímil que trate yo de casar á mi hija?

FAJARD. Luego es verdad?

ALVARO. Sepa usted que ese tal Ramirez es un jóven de gallardo aspecto, muy estimable y estimado de todo el mundo, que gana ocho mil duros al año, y que se da por muy satisfecho en formar parte de mi familia... ¿Quiere usted saber algo mas?

FAJARD. Me ha dicho usted bastante.

ALVARO. Pues mande usted otra cosa. (*Sale por la puerta lateral de la derecha.*)

ESCENA VIII.

FAJARDO, *solo.*

Justo castigo de mi imprudencia. ¿A qué habré venido?... A saber mi propia desdicha. Si los que me juzgan tan impasible, viesen lo que pasa en mi pobre corazon, y la lucha que traigo conmigo mismo, ¡qué lástima me tendrian!—¿A qué habré venido?... A adquirir el convencimiento de

que va á ser esposa de otro?... En este caso debo darme por contento; mujer que así admite al primer advenedizo, no es digna de la admiracion que me habia inspirado; es una mujer cualquiera. ¡Cuántas hay en el mundo con pretensiones de grandes almas, y en punto á intereses son tan comerciantes como sus padres! Esta no está por idealismos; prefiere el matrimonio de conveniencia... Mejor! Así no tendré que hacer esfuerzos para olvidarla.

ESCENA IX.

RAMIREZ, *que entra por la puerta lateral.*—FAJARDO.

RAMIR. Señor Fajardo, ¿en qué le he ofendido á usted?

FAJARD. Que yo sepa, en nada, señor Ramirez.

RAMIR. Entonces ¿por qué habla usted mal de mí?

FAJARD. ¿Dónde ó cuándo?

RAMIR. Ha dado usted al señor Peñalver un gran disgusto. ¿Qué necesidad tenia usted de decirle que voy pregonando mi boda por todas partes?

FAJARD. Y usted ¿qué necesidad tiene de pregonarla?

RAMIR. Yo no hago tal cosa; sino que se ha sabido que comia ayer en casa de Peñalver; y ya se ve, en cuanto se nota que un jóven entra en casa de una muchacha, le cuelgan el milagro. Puede ser que yo no lo haya desmentido con mucho ahinco; pero al fin eso no perjudica á nadie.

FAJARD. Cierto, y puede favorecer á alguno.

RAMIR. Ese tono en usted es muy extraño.

FAJARD. No, señor; es muy propio mio.

RAMIR. Ya! Usted quiere buscar camorra? Pues la yerra de medio á medio. Yo soy agente de bolsa y no trato de pasar por espadachin.... Eso faltaba! (*Se va hácia la puerta de la derecha del fondo, y de pronto se acerca á Fajardo.*) Aunque, por otra parte, yo no gusto de impertinencias.

FAJARD. Yo tampoco de impertinentes.

RAMIR. (*Dándole una targeta.*) Aquí están mis señas.

FAJARD. Pensaba marcharme mañana de madrugada;

quiere decir que diferiré mi viaje hasta por la noche.

RAMIR. Gracias. Aquí mismo podemos quedar acordes; uno y otro contamos con amigos...

FAJARD. Eso mismo iba á decir á usted. Este duelo le dará cierto realce á los ojos de su prometida.

RAMIR. Calla! Pues es verdad! No se me habia ocurrido. Sí, señor: excelente idea!

ESCENA X.

LA GENERALA MENESES.—LA VIZCONDESA DEL PINO.—EL BARON DE YUNCOS, *que entran por la derecha.*—FAJARDO. RAMIREZ.

GENER. Ah! Se nos ha adelantado el señor Ramirez.

VIZC. Eso sucede siempre que le asalta á uno una grande idea. *(La Generala y la Vizcondesa se sientan junto á la chimenea. Fajardo á su lado; á la derecha Ramirez y el Baron.)*

RAMIR. *(En medio del teatro.)* Pues yo ¿qué he hecho, señoras?

GENER. Ponerse á salvo de Solferino.

VIZC. Jesus! Qué hombre!

BARON. Imposible parece que haga tanto ruido con solos diez dedos.

RAMIR. Qué diez! Si cada mano es un cien pies!

BARON. Cuidado con la sinfonía humanitaria!

GENER. Y ¡qué miradas tan audaces clava en el auditorio! Su música sí que es provocativa!

RAMIR. Por lo menos provoca á risa.

VIZC. Vaya; no menosprecie usted tanto á sus rivales.

RAMIR. Quién es mi rival!

GENER. Qué! ¿No ha observado usted cómo miraba á Inés?

RAMIR. Será posible!... *(Reprimiéndose.)* Y ¿qué tiene eso que ver con la rivalidad?... *(Fajardo se separa de la chimenea, y se dirige hácia la derecha. El Baron le sigue y se pone á hablar con él.)*

VIZC. A propósito, damos á usted mil enhorabuenas.

La hija es preciosa, y el padre, el hombre mas cabal que se conoce.

RAMIR. ¿De qué padre y de qué hija hablan ustedes?

GENER. De Peñalver y de Inesita. ¿No va usted á casarse con ella?

RAMIR. Quisiera saber quién se ha divertido en esparcir noticia semejante.

VIZC. Usted mismo, segun dicen.

RAMIR. Vaya: lograrán indisponerme con Peñalver. Si no hay nada, absolutamente nada.

VIZC. (*Levantándose.*) Pues entonces, amigo Ramirez, le felicito á usted con toda sinceridad.

GENER. (*Levantándose.*) Y yo tambien.

BARON. Ya me admiraba yo de que un jóven tan bien quisto como usted se mezclase con una gente...

VIZC. Claro. ¿Quién ha de cargar con la hija de un hombre...

RAMIR. Menos lo entiendo ahora. ¿Qué tienen que ver los desaciertos del padre con la reputacion de la hija?

BARON. Sus desaciertos, no; pero su dinero, sí.

RAMIR. Luego seria preferible casarse con la hija de un bribon arruinado?

GENER. Qué duda tiene?

RAMIR. Señora, no lo lleve usted á mal, pero eso me parece un absurdo.

GENER. Absurdo, eh? Pues mire usted, el hombre que tiene una hija virtuosa y una fortuna ilegítima, se me figura que anda por el mundo con una mano limpia y otra sucia. (*Fajardo entra en la sala.*)

RAMIR. Bah! Sutilezas de mujeres. (*Se oyen aplausos dentro.*)

ESCENA XI.

Dichos.—SOLFERINO, *que entra de espaldas, haciendo cortesías y besamanos.*

SOLFER. Ah, señoras! Oh señores!... No merezco, no merezco... (*Vuélvese de cara y empieza á saludar á los personages que hay en la escena.*) La eje-

cucion es muy inferior al pensamiento, bien lo conozco.

RAMIR. Déjese de modestias. Amigo, ha hecho usted una gran cosa.

SOLFER. Bajo el punto de vista filosófico, puede ser.

RAMIR. Caramba! *El Becerro de Oro*!... Bonito asunto! Es usted el Calderon de la música.

BARON. El Lope del piano.

VIZC. Es una sinfonía sangrienta. Cuidado si se suscitará usted enemigos!

BARON. Dios sabe los que tendrá á estas horas.

SOLFER. (*Inquieto.*) Pero, por Dios: yo no me meto con nadie; soy moralista, pero no satírico. Reprendo el vicio, pero no á los viciosos: y seguramente no he tratado...

VIZC. De hacerse enemigos, verdad?

BARON. Usted por lo visto ignoraba que el señor Peñalver le estaba oyendo?

SOLFER. Y qué...

BARON. Jamás se lo perdonará á usted.

VIZC. Ha hallado en el adagio una alusion personal.

SOLFER. (*Consternado.*) Es posible?

GENER. Y está furioso contra usted.

SOLFER. Pero...

VIZC. Y le llama á usted libelista.

SOLFER. Jesus! Jesus!

ESCENA XII.

Dichos.—DON ALVARO.

SOLFER. Señor mio ¿es posible que haya usted hallado una alusion personal en mi sinfonía? Yo no vitupero en ella á los ricos, sino á los bribones. (*El Baron y las dos señoras se van riéndose.*)

ALVARO. (*Colérico.*) ¿Cómo se entiende...

RAMIR. (*Ap. á Solferino.*) Hombre, cállese usted!

SOLFER. ¿Habia de estrellarme con un hombre, que es el patriarca, el modelo de los banqueros?

ALVARO. (*Impaciente.*) Bien; basta, basta.

SOLFER. Huérfano desde la cuna, no he conocido padre, pero creo que debia parecerse á usted...

ALVARO. Dios me libre!

SOLFER. ¿Por qué se ha irritado usted conmigo?... Todo el mundo me lo aseguraba en términos...

ALVARO. (*Aparte y turbado.*) Todo el mundo!

RAMIR. Pero ¿no conoce usted que le han engañado?

SOLFER. Engañado?

RAMIR. Que todo ha sido una broma?

SOLFER. Entonces... voy á hacer entender á esos caballeros y señoras... (*Ap.*) Aquí estoy en desgracia. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

DON ALVARO.—RAMIREZ.

RAMIR. Supongo que no dará usted importancia á nada de esto?

ALVARO. No faltaba mas! (*Ap.*) Fajardo inspira mayor respeto.

RAMIR. Y hablando de otra cosa. ¿Por qué me ha tratado usted tan severamente? Si he desmerecido de su confianza, dígamelo usted con franqueza.

ALVARO. (*Distraido.*) No, amigo Ramirez. Le espero á usted á almorzar mañana.

RAMIR. A qué hora?

ALVARO. A las once.

RAMIR. Espéreme usted hasta las once y cuarto; si no voy... es que no almuerzo.

ALVARO. Tan ocupado está usted! Me alegro; eso me gusta. Si le gustase á mi hija del mismo modo...

RAMIR. Con que ¿no he conseguido agradarla?

ALVARO. Parece que no; pero ¡qué diablos! ya encontraremos medio...

RAMIR. (*Con prontitud.*) No, señor; no hay necesidad; es asunto concluido.

ALVARO. Hola! estamos picados?

RAMIR. Yo no ando á caza de dotes; soy aficionado al dinero, porque con él se tienen comodidades; pero si ha de adquirirse á costa de sinsabores, vaya con Dios. Mi sistema es este. Su hija de usted es lindísima, pero usted la ha mimado tanto, que, la verdad, no me atrevo á cargar con

ella; y pues he tenido la fortuna ó desgracia de no agradarla, desde luego renuncio á su mano.

ALVARO. He ahí precisamente el medio de conseguirla.

RAMIR. Cómo?

ALVARO. Ha caido usted en el lazo, amigo mio. Sus dengues y caprichos son el medio de que se vale para probar á sus pretendientes.

RAMIR. A ver, á ver, que no entiendo...

ALVARO. Mire usted: ella se ha propuesto no casarse con quien la quiera por el dinero; esto á mí me parece bien, asi como no extraño que usted se haya incomodado... Pero los que persisten en su empeño, á pesar de las rabotadas de Inés...

RAMIR. Ah! Ya comprendo! Pues, papá suegro, no tenga usted cuidado; apelaré al desenfado de marino, que me será mas fácil y mas gustoso... Así como así, yo estaba tascando el freno...

ALVARO. Pues no hay necesidad de eso.

RAMIR. Vaya una invencion diabólica! Hacerse aborrecible para ser querida... Solo á una mujer se le ocurre semejante idea. Gracias por la advertencia.

ESCENA XIV.

INÉS.—MATILDE.—DON ALVARO.—RAMIREZ.

MATILD. Aquí encuentro á dos que hacen falta para completar un whist. Con que, señores...

RAMIR. Yo estoy á las órdenes de usted; y si el señor don Alvaro no tiene inconveniente.,.

ALVARO. Ninguno.—vamos.

MATILD. (*En voz baja á Inés.*) Busquemos otros dos, si te parece.

INÉS. Déjame un rato aquí. Me marea esa confusion.

ALVARO. Quieres que nos marchemos?

INÉS. No; cuando acabes de jugar.

RAMIR. (*Desde la puerta.*) Señor don Alvaro! (*Vase Matilde, Don Alvaro y Ramirez.*)

ESCENA XV.

INÉS, *sola.—Se sienta.*

Necesitaba ya verme sola; siento una angustia en el corazon... Estoy descontenta de mí misma, enojada... no sé con quién. Que Fajardo ame á otra, ¿me importa á mí? ¿Le amo yo, por ventura? Será hija de algun título; muy prendada de su nobleza... Oh! ¡qué mal comprenden los hombres la felicidad! Y si son desdichados, ¡qué merecido lo tienen!.. Yo creia á Fajardo muy superior á estas pequeñeces... (*Se presenta Fajardo en la puerta de la sala, y da Inés un grito ahogado.*)

ESCENA XVI.

FAJARDO.—INÉS.

FAJARD. ¿Se asusta usted de mí, señorita?

INÉS. (*Con frialdad.*) ¿A quién no asustan las apariciones...

FAJARD. (*Sentándose.*) Antes de marcharme, he querido felicitar á usted por una noticia que se sabe oficialmente, pues el señor Ramirez la divulga, y su papá de usted acaba de confirmármela.

INÉS. ¿Dice usted que el señor Ramirez...

FAJARD. (*Con cierta ironía.*) Sí, se muestra impaciente en proclamar su dicha, con ánimo sin duda de hacerla irrevocable. Su papá de usted parece que se halla muy satisfecho de este enlace, y hasta usted misma.

INÉS. Yo no tengo mas voluntad que la de mi padre.

FAJARD. Y cuando, como en el caso presente, es tan grato el acomodarse á esa voluntad... Porque Ramirez es un excelente jóven, muy cuerdo, muy reservado, de modales sobremanera distinguidos; y como calculo que no será menos recomendable por la elevacion de sus sentimientos...

INÉS. Puedo asegurar á usted que en nada desmerece del concepto de su clase, que es asimismo la mia, y que si no es un héroe de novela, yo al menos le contemplo como hombre honrado, de juicio recto, de bondad natural y de buen carácter; prendas harto mas seguras para afianzar la ventura de un dia y otro, que las relevantes virtudes que escasamente logran emplearse una vez en toda la vida.

FAJARD. (*Con suma indiferencia.*) Cierto, certísimo; la moneda es mas cómoda que el oro en barras. Celebro hallar en usted tan buen discernimiento práctico, y me sorprende no haber notado tan rara cualidad hasta ahora.

INÉS. Soy mujer que no mira con ódio su condicion, y tengo la fortuna de acomodar á ella mis sentimientos. (*Se levanta y pasa á la derecha.*)

FAJARD. (*Levantándose.*) Eso es propio de una gran discrecion; y sin embargo no son las ideas que aprobaba usted en mí poco rato ha.

INÉS. Ilusiones! Sueños! Esta es la historia de todas las mujeres. Todas levantamos el corazon á sublimes aspiraciones para venir á dar luego en una mísera realidad.

FAJARD. Y tan mísera!

INÉS. Es que no hago aplicacion alguna.

FAJARD. Ni yo tampoco, y haria muy mal en zaherir al hombre con quien usted se enlaza. Digno de usted será cuando usted le ha escogido, cuando usted le ama, porque supongo que le ama usted.

INÉS. Extraño la suposicion.

FAJARD. Como usted me habia ofrecido su amistad, y yo me envanecia con ella... Perdone usted.

INÉS. Hay derechos que la amistad no adquiere hasta pasado algun tiempo. ¿Qué diria usted si yo le preguntase la causa de su viaje?

FAJARD. Que ya no me marcho.

INÉS. (*Muy conmovida.*) Cómo!.. Pues qué... ha conseguido usted ya la mano...

FAJARD. (*Con frialdad.*) Ah! Matilde le ha referido á usted?.. Pues nada, no he conseguido nada; pero no siento ya amor por la mujer á quien queria olvidar.

INÉS. (*Gozosa.*) De véras?.. Pues hace una hora pensaba usted alejarse...

FAJARD. Suceden tantas cosas en una hora! Cinco minutos bastan para que el hombre mas ciego abra los ojos.

INÉS. Y ¿ha vuelto usted á verla?

FAJARD. Sí por cierto.

INÉS. ¿En casa del amigo de la recomendacion?

FAJARD. Allí mismo.

INÉS. (*Con prontitud y sentándose junto á la mesa.*) Pues ¿qué ha pasado entre ustedes?.. Ah! Perdone usted... Yo tambien pretendo averiguar su secreto de usted, despues de haberle encubierto el mio.

FAJARD. Al contrario, creo que bien claro me lo ha revelado usted, pues el elogio que ha hecho de Ramirez...

INÉS. (*Con gracia.*) ¿Me habia usted dado acaso ejemplo de franqueza?

FAJARD. (*Como dudando.*) ¿Se casaria usted con él, si no le amase?

INÉS. Tantas instancias me ha hecho mi padre!

FAJARD. (*Ap. lleno de alegria.*) Ah! debí figurármelo. (*A ella, sentándose á su lado.*) Y ¿es justo que se imponga usted semejante sacrificio? ¿Hará su desdicha de usted la ventura de su padre?.. Porque con ese hombre seria usted desdichada; y no porque sea un malvado ni un vicioso, sino porque no le merece á usted.

INÉS. No es él en verdad el esposo en quien yo esperaba, pero se me llamaria orgullosa si no me creyera digna de él... y á saber si lo seré de alguien!

FAJARD. (*Con entusiasmo.*) Un corazon como ese debe permanecer fiel á sus ilusiones. ¿Quién sabe si llegarán á realizarse? ¿Por qué no? Y aunque sus esperanzas fueran vanas, ¿no serian siempre mas lisonjeras que su obediencia? Por lo menos no incurriria usted en la monstruosidad de unirse á quien no es merecedor de tal ventura.

INÉS. ¿Usted me aconseja que espere? (*Pausa.*) Pues esperaré.

FAJARD. Ah! Gracias! (*Entra don Alvaro por la puerta

lateral de la derecha. Fajardo se levanta inmediatamente.)

ESCENA XVII.

Don Alvaro.—Inés.—Fajardo.

Alvaro. Toma tu abrigo. Señor... (*Fajardo le hace un saludo, y sale por la derecha.*) Qué te decia? Te hablaba de mí?

Inés. No; por qué?

Alvaro. Por nada.

Inés. Y qué ¿has ganado?

Alvaro. Sí, buena ganancia he tenido! (*Ap.*) Voy abrasándome! (*Entra Matilde por la derecha.*)

ESCENA XVIII.

Matilde.—Inés.—Don Alvaro.

Matild. Se van ustedes?

Inés. Sí; papá quiere acostarse. Has tenido una reunion deliciosa. En mi vida me he divertido tanto.

Matild. (*Admirada.*) De véras?

Inés. He oido una música divina. Y buena falta me hacia.

Matild. (*En voz baja.*) ¿Qué significa eso?

Inés. (*Lo mismo.*) Que nos veamos mañana por la mañana.

Alvaro. Vamos, Inés, que es tarde.

Inés. Cayéndote estás de sueño; vamos. (*Le da el brazo.*)

Alvaro. (*Ap.*) Sí; el sueño que a mí me espera!... Ah! Fajardo, Fajardo! (*Se dirigen hácia la puerta izquierda del fondo.*)

Matild. Te vas sin decirme nada?

Inés. No, por cierto. (*Besándola.*) Que descanses.

Alvaro. Buenas noches.

Matild. Buenas noches.

Inés. (*Ap.*) Qué alegría!

Alvaro. (*Ap.*) Qué desesperacion!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cuarto de don Alvaro.—En el fondo una lujosa estantería; á la izquierda, chimenea; á la derecha, una ventana; puertas laterales; una mesa de escritorio, que haga juego con la estanteria, á la parte de la ventana.—Los muebles de gusto severo, pero elegantes.

ESCENA PRIMERA.

Don Alvaro, *sentado en un sillon, delante de la mesa, y hojeando unos papeles.*

Así es, asi es; tiene razon Fajardo: he robado á mis accionistas, que no merece otro nombre... Dios mio! Y ¡que pudiera yo por una miserable cantidad... Si me la hallase hoy tirada enmedio de la calle, la despreciaria. Loco sin duda estaba cuando me la apropié, creyéndome con derecho á ella. La culpa tuvo el infame abogado que me hizo ganar el pleito...

ESCENA II.

Inés.—Don Alvaro.

Inés. Buenos dias, papá. Qué tal estás?
Alvaro. Muy bien, muy bien.
Inés. ¿Cómo has pasado la noche?
Alvaro. Perfectamente.
Inés. Eso no es cierto, amiguito, que te he oido estar paseando sin cesar. ¿Qué tenias?

ALVARO. Nada, nada; los nervios algo alterados. Vaya, déjame, que tengo que hacer ahora.

INÉS. *(Acercándose.)* En qué estás ocupado?

ALVARO. *(Tapando de pronto los papeles.)* Eh! son cosas que no te importan á tí.

INÉS. Es decir que sigues con la misma desazon.... Pues, señor, mudemos de tono.—Buenos dias, papá. ¿Has pasado bien la noche? Yo tambien: me alegro mucho; vamos á almorzar.

ALVARO. No tengo gana.

INÉS. El médico te manda no estar en ayunas mucho tiempo.

ALVARO. Pero si estoy ocupado.

INÉS. Bueno: diré que te traigan una jícara de chocolate. *(Váse.)*

ESCENA III.

DON ALVARO, *solo.—Aguarda á que Inés cierre la puerta.*

Y ¿qué hacer en este caso?... Ah! qué desgracia la mia! Mi hija, que de un momento á otro puede llegar á ser sabedora... Oh!... Este golpe acabaria conmigo... La mitad de mi fortuna daria por haber perdido este pleito inícuo... Infame, infame abogado!

ESCENA IV.

BENITO.—DON ALVARO.

BENITO. *(Con el chocolate en una bandeja.)* Señor aqui está el chocolate. *(Lo deja en un velador cerca de la chimenea, y acerca una silla.)*

ALVARO. Qué es esto? ¿Un napoleon en la bandeja?

BENINO. Sí, señor; un napoleon que hallé esta mañana en el bolsillo de esos pantalones cuando limpié la ropa.

ALVARO. Si no me los he quitado desde anoche, ni me echado siquiera en toda ella.

BENITO. Dice usted bien... ahora me acuerdo que lo he encontrado sobre la mesa de noche!...

ALVARO. En los pantalones, en la mesa de noche!... Mentira!... ¿Qué significa esto?

BENITO. (*Arrodillándose.*) Ah! señor, soy un miserable, soy un estafador!

ALVARO. (*Horrorizado.*) Tú tambien?

BENITO. Yo tambien, sí, señor: me encontré el otro dia ese napoleon barriendo su alcoba de usted; me dió un mal pensamiento, y me lo guardé... pero desde entonces no cómo, no sosiego, y he preferido restituírselo á usted.

ALVARO. (*Dándose una palmada en la frente.*) Un duro ó diez mil ¿qué mas da?

BENITO. Cómo! Señor, yo no soy capaz de quitarle á usted diez mil duros.

ALVARO. (*Paseándose por el teatro.*) Y del mismo modo pueden restituirse.

BENITO. Pero, señor, ¿no le digo á usted que yo no se los he quitado?

ALVARO. Y ¿quién te dice semejante cosa?

BENITO. Ya ve usted que yo no soy ningun malvado, cuando le devuelvo su dinero sin que nadie me obligue á ello.

ALVARO. Sí, Benito, es verdad; tu remordimiento indica mas probidad que la inocencia de algunos. Desde hoy pondré en tí toda mi confianza; eres bueno, acabas de probarlo, y puedes ir con tu cara descubierta por todas partes. Te duplico el salario; duerme tranquilo, come sin aprension; y ahora dame una botella de Burdeos y un pollo, que tengo hambre. Ah! vé al mismo tiempo á la caja, abre con esta llave, y traéme diez talones del Banco que verás junto á una porcion de billetes sobre la mesa.

BENITO. La llave de la caja!... Me deja usted confundido.

ESCENA V.

DON ALVARO. *solo.—Despues* BENITO.

Cómo estimo ya á este muchacho! Qué satisfaccion he tenido, y qué buen ejemplo me ha da-

do! Es claro que Fajardo será desde hoy mi mas acérrimo defensor; y hombre á quien Fajardo defienda, seguro está de calumnias y murmuraciones. Voy á escribirle cuatro palabras, sencillas y sin faltar á mi dignidad. (*Se sienta á la mesa y escribe.*) »Muy señor mio: acabo de examinar los papeles del pleito que costó diez mil duros á su señor padre de usted; y convencido de que por seguir el dictámen de mi abogado procedí injustamente, lo declaro con toda sinceridad, y me apresuro á restituir á usted una suma que graba ya sobre mi conciencia. Con este motivo, tiene el gusto, etc. (*Cierra la carta.*) Ya puede venir Inés. (*Entra Benito con una botella, un plato y unos papeles. Metiendo estos y la carta dentro de un sobre.*) Toma, Benito, lleva esto donde dice ese sobre.

BENITO. Yo, señor, le agradezco á usted...

ALVARO. Bueno; anda y vuelve pronto, que no está lejos. (*Entra Inés.*)

ESCENA VI.

INÉS.—DON ALVARO.

INÉS. Hola! Hola! Qué almuerzo tan opíparo!

ALVARO. Qué quieres? He recobrado el apetito, y estoy alegre como unas pascuas. Por primera vez de mi vida me enfadé contigo esta mañana: no estarás enojada, verdad?

VIZC. Nada de eso; mas contenta que nunca.

ALVARO. Ea! Pues que me traigan jamon en dulce, y cuéntame lo que te sucede.

INÉS. Qué te sucede á tí?

ALVARO. Nada de particular.

INÉS. Pues á mí... Ya te lo contaré despues.

ALVARO. ¿Secretitos tenemos, picaruela? (*Viendo entrar á Ramirez.*)

ESCENA VII.

RAMIREZ.—DON ALVARO.—INÉS.

ALVARO. Por vida de... ¡Qué cabeza! Amigo, se me habiai pasado... *(A Inés.)* Ayer le convide á almorzar... Llama, y que le pongan cubierto.

RAMIR. No se moleste usted, señorita. Su olvido de usted ha sido profético, señor don Alvaro. Venia á decir que no me esperase; he almorzado ya.

ALVARO. De véras?

RAMIR. Básteme anunciar á usted que he tenido un desafio. *(Inés y don Alvaro hacen un gesto de admiracion.)* Merece referirse el lance.

ALVARO. A ver, á ver!

RAMIR. Mi contrario...

ALVARO. Quién era?

RAMIR. He prometido callar su nombre. Un guapo mozo. Buscó un pretexto; salimos mis testigos y yo al sitio designado, y no habia un alma, hasta que al cabo de un cuarto de hora, vemos un coche, del cual se bajó mi hombre. Venía solo, y me dijo: «En su casa de usted he estado, caballero, y hacia cinco minutos que habia usted salido. Iba á manifestarle, y lo hago aquí, que este es un lance ridículo, de que yo tengo la culpa, y espero que satisfaga á usted esta explicacion.»—Venga esa mano, le repliqué, y vámonos á almorzar; pero ni mano ni almuerzo quiso. «Pues, amigo, no hay medio, le dije entonces, ó á almorzar, ó á batirnos.»—A batirnos, me contestó. Dicho y hecho: empezamos, le dí un arañazo en la mano, se dió el asunto por concluido, y se despidió, rogándome, si referia el caso, que no citase su nombre. Se metió en su carruaje, y mis testigos me trajeron á Madrid, donde los he dejado... como ustedes pueden adivinar.

ALVARO. Me gustan á mí esas bizarrías contadas sencillamente. Pero este no es el primer lance en que usted se ha visto, segun recuerdo.

Ramir. (*Modestamente.*) Ps... ¿Tiene usted noticia.,.

Criado. La señora de Ribalta aguarda en su cuarto á la señorita.

Inés. Con permiso de usted, Ramirez (*Váse.*)

ESCENA VIII.

Don Alvaro.—Ramirez.

Alvaro. Ese ha sido buen golpe. Los valientes les gustan á las muchachas.

Ramir. De modo que está en alza mi papel.

Alvaro. Por lo menos la invencion habrá hecho algun efecto.

Ramir. Pero ¿usted cree que ha sido invencion?

Alvaro. Y por cierto de muy buen género.

Ramir. Es que ha pasado así.

Alvaro. Cómo! ¿usted se ha batido...

Ramir. En los términos que he contado.

Alvaro. Es posible? Un hombre como usted, en su posicion, estando para casarse... ¿No le dá á usted vergüenza?.. Pero en fin, ha hecho usted bien: si yo fuese jóven, armaria cada lance por un quítame allá esas pajas... La buena reputacion así ha de ser, quisquillosa.

Ramir. Amigo, habla usted como un mozalvete.

Alvaro. Sí, señor; mozalvete me he vuelto. Ayúdeme usted á apurar esa botella.

Ramir. Es muy tarde, y tengo que ir á la Bolsa.

Alvaro. Corriente. Primero es la obligacion...

Benito. (*Entrando.*) Queda entregado el encargo.

Ramir. Con que hasta despues.

Alvaro. Que vuelva usted por aquí.

ESCENA IX.

Benito.—Don Alvaro.

Alvaro. ¿Estaba en casa el señor Fajardo?

Benito. Acababa de entrar.

Alvaro. Y ¿qué ha dicho?

Benito. No le he visto. Se lo he entregado á su ayuda d cámara, sin decirle qué era.

ALVARO. Calla! Eres desconfiado?

BENITO. Vi que estaba empaquetando ropa, y el diablo las carga.

ALVARO. (*Ap.*) Este mozo es una joya. (*A él.*) Hoy te dejo en libertad. Para que refresques á mi salud (*Le dá el napoleon de la bandeja.*)

BENITO. Señor, mil y mil gracias (*Vase por la izquierda, llevándose el velador y el almuerzo. Otro criado abre la puerta de la derecha, y anuncia á Fajardo.*)

ESCENA X.

FAJARDO, *con la mano derecha metida en el pecho.*—DON ALVARO.

ALVARO. Felices dias; ya sospechaba yo que vendria usted á verme; pero déjese usted de gracias; no he hecho mas que lo que debia.

FAJARD. No hubiera venido, si tuviera á quien confiar los diez mil duros que devuelvo á usted.

ALVARO. ¿Con qué objeto, no siendo mios?

FAJARD. Señor don Alvaro, que los jueces se hayan ó no equivocado, la sentencia ha sido favorable á usted. Legalmente pues le pertenece este dinero. Lo que usted llama restitucion, seria un socorro, y yo no acostumbro á recibirlo de nadie.

ALVARO. Como usted guste; mas por lo menos no se opondrá usted á que en su nombre envíe esta cantidad á los hospitales.

FAJARD. Enviéla usted en el suyo; que cuando yo doy una limosna, lo hago con mi dinero.

ALVARO. Perfectamente, amigo mio; pero no negará usted que procedo con delicadeza.

FAJARD. Eso sí.

ALVARO. Y espero que en lo sucesivo, si alguien me calumnia en presencia de usted, referirá la verdad del caso.

FAJARD. En lo que tiene relacion conmigo, sí señor.

ALVARO. Qué quiere usted decir?

FAJARD. Que yo estoy satisfecho, pero no sé si lo estarán otros.

ALVARO. Otros? Pues ¿qué he de hacer para que usted me tenga por hombre honrado?

FAJARD. En este punto, no trate usted de averiguar lo que opino: es de tal naturaleza, que si se lo dijera á usted, probablemente se reiria.

ALVARO. Quizás no. Explíquese usted.

FAJARD. Deberia usted ceder á los pobres, no diez mil duros, sino...

ALVARO. Toda mi fortuna? ¿Luego usted cree que legítimamente nada poseo?

FAJARD. Los tesoros mal adquiridos traen el vicio desde su orígen. ¿Quién repararia en medios para alcanzar su fortuna primitiva, si con solo restituirla cuando ya no se necesita, se pudiera cobrar la honra? No, señor. Un manantial cenagoso basta para enturbiar un rio; el delito de Adan contaminó á todas las generaciones.

ALVARO. Pero eso es absurdo, inmoral, injusto.

FAJARD. No pretenda usted saber mas que la divina sabiduria. Inmoral é injusto seria lo que usted cree. ¿Quién habia de resignarse á vivir pobre, sí hasta la reputacion se comprase con dinero? A Dios gracias, se adquiere con la probidad, y esta ley es el único bien que hace aun llevadera nuestra mansion en la tierra.

ALVARO. Muy alto ha puesto usted el púlpito, amigo mio, y su sermon para mí es inútil. Yo no soy personaje, como usted; porque hablemos claros: usted se llama señor Fajardo y yo Peñalver á secas; pero ya se han olvidado los tiempos del feudalismo; y hoy, en España, no se conoce mas nobleza que la del oro, ni mayor potentado que el dinero, ni mas probidad que la que da de sí la riqueza.

FAJARD. No lo niego: usted avasalla al mundo; pero en un rincon de él vive un caballero, que pobre y todo, no quiere humillarse á nadie... (*Se cubre.*) Porque representa á la conciencia pública!

ALVARO. Silencio, que viene mi hija!

ESCENA XI.

MATILDE.—INÉS, *que al ver á Fajardo, se detiene en la puerta.—Dichos.*

MATILDE. (*A Fajardo.*) Todavia está usted aquí?.. (*A Matilde en voz baja.*) Bien decias.
FAJARD. Qué quiere usted?.. Negocios...
ALVARO. (*Con prontitud.*) La casa que el señor queria vender...
FAJARD. Ya está deshecho el trato, y ha terminado la conferencia. Servidor de usted, señor Peñalver. Matilde... (*Matilde le dá la mano. Fajardo alarga la izquierda.*)
MATILDE. La mano izquierda me ofrece usted?
FAJARD. Me he lastimado esta otra al abrir un cofre.
MATILDE. Calla! ¿No tiene usted un mal criado que le abra?.. A ver esa mano, qué clase de herida... (*Saca Fajardo la mano del pecho, envuelta en un pañuelo negro. Matilde la examina detenidamente, y dice:*) La espada cortaba bien! (*Inés dá un grito y se adelanta un paso.*) (*A Inés.*) Ya sabemos con quién se batió Ramirez... ¿A que no se atreve usted á negarlo? (*Fajardo baja los ojos.*) ¿Usted era el que se habia curado de aquel amor, y empeña una cuestion frívola con Ramirez... (*A él en voz baja.*) La verdad: usted ama á Inés!
ALVARO. (*Ap.*) Qué le está diciendo?
INÉS. Matilde!
FAJARD. Señora!
MATILDE. Pues bien; basta de secretos. De seguir asi, pueden originarse para todos males incalculables.
FAJARD. Desventurado de mí! Ya sabe usted quién es la mujer que me obligaba á alejarme.
MATILDE. Alejarse! Y ¿por qué, si le conceden á usted su mano?
FAJARD. Oh! No puedo admitirla!
MATILD. Pero, por qué?
FAJARD. Me es imposible decirlo.

MATILDE. Usted la ama, como ella á usted, su padre accede, y usted se opone!..

ALVARO. No puedo mas. Señora ¿no lo adivina usted? Yo soy plebeyo, y ese señor es noble.

MATILDE. Fajardo es superior á esas vulgaridades. Otra será la causa.

FAJARD. Pues esa es la verdadera.

MATILDE. Y á tan necia preocupacion va usted á sacrificar su felicidad y la de Inés! Dice usted que la ama, y la condena á eterna desventura, porque su apellido es menos pomposo que otros. Señor Fajardo: esos no son yerros del entendimiento, sino miserias del corazon. Inés mia, consuélate: no es este el hombre que nos figurábamos; nos hemos equivocado; y demos gracias á Dios de que conociéndole á tiempo, nos queda bastante para tratarle como merece.

INÉS. (*Con dignidad.*) Tienes razon.

FAJARD. No; yo no soy digno de semejante menosprecio, ni capaz de abnegacion tan grande... No me ciega tanto el orgullo...

ALVARO. (*Fuera de sí.*) Inés! pobre hija mía! (*La estrecha entre sus brazos; ella cae de rodillas, y él la tapa los oidos con las manos.*) Hija de mi alma! Tú eres mi único consuelo, el único encanto que me ofrece el mundo!

INÉS. Y tú, papá, tú tambien lo eres para mí todo.

MATILD. ¿Por qué desprecia usted la mano de Inés?

FAJARD. Media un obstáculo invencible, un secreto que no es mio... (*Con intencion.*) que he jurado y juro no revelar jamás. (*Acercándose á Inés.*) Señorita, la fatalidad nos separa; quejémonos solo de ella. El cielo me ha vedado alejarme á tiempo para librar á usted de esta acerba pena; pero su amor de usted nació ayer, y espero que lo olvide pronto. Yo ¡ay de mí! jamás olvidaré el mio... la vida se me hará insufrible... Adios para siempre, adios! (*Váse. Inés cae sollozando sobre un sillon, y Matilde acude á sostenerla.*)

ESCENA XII.

Dichos menos Fajardo.

(*Don Alvaro permanece junto á la puerta, contemplando á su hija.*)

MATILDE. Inés, Ines! óyeme!
INÉS. Adios para siempre!.. Y yo?..
MATILDE. Por Dios, tranquilízate.
INÉS. Me ama, me ama, y se va!.. ¡Oh ventura apenas gozada!.. Déjame de consuelos... Todo ha muerto para mí... No me queda mas que desesperacion! (*Don Alvaro cae sobre una silla que hay á la derecha cubriéndose la cabeza con las manos.*)
MATILDE. (*A Inés, mostrándole á don Alvaro.*) Ten compasion de tu pobre padre.
INÉS. (*Limpiándose los ojos.*) No me acordaba de él. (*Se levanta, se acerca á su padre, y le pone la mano sobre el hombro.*) Papá, si tú te entregas al llanto ¿quién me consolará?
ALVARO. Hija mia! Yo ¿para qué te sirvo?
INÉS. Qué estás diciendo? Pues qué ¿no me amas? Tu cariño ha sido hasta hoy mi existencia. ¿Cuándo me he considerado infeliz?
ALVARO. Ya no será lo mismo.
INÉS. Mira, el dolor nos hará mas necesarios el uno al otro. (*Limpiándose los ojos.*) Vamos: enjuga el llanto. Hasta ahora has tenido una hija; desde hoy tendrás una compañera.
ALVARO. Sí; todo eso lo dices por consolarme.
MATILDE. No señor, que ella se hará superior á todo; que Inés no es de las que se amilanan al primer golpe.
INÉS. Con tal que no te aflijas mas que yo, me verás contenta.
ALVARO. Pero ¿cómo has de poder dominar tu pena?
INÉS. (*Esforzándose por sonreirse.*) Tal vez no lo creerás, pero pasado el primer momento de afliccion, hallo en las lágrimas un consuelo, una es-

pecie de tranquilidad que me deja satisfecha. Me acuerdo de una muchacha que ví un dia cosiendo junto á una ventana, y mirando unas veces al cielo, y otras á un alhelí que tenia delante. Pues bien, yo viviré de este modo: miraré al cielo para pensar en aquel de quien soy amada, y volveré luego á tí los ojos, porque estarás á mi lado siempre.

ALVARO. Prenda querida!

INÉS. Me crees ahora?

ALVARO. Sí, sí.

INÉS. (*En voz baja á Matilde.*) Que me estoy ahogando!

MATILDE. Los dejo á ustedes; voy hacer un encargo, pero volveré pronto. Adios, señor don Alvaro. (*A Inés.*) Tú, ven á despedirme. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

DON ALVARO, *solo.—Despues Benito.*

ALVARO. Qué resignacion! Qué fortaleza de alma! Pobre hija mia! ¿Quién me hubiera dicho cuando atesoraba para tu dote, que estaba labrando tu desventura! (*Se sienta en un sillon á la izquierda.*) Y pensar que si yo fuese un empleado de doce ó quince mil reales, Fajardo se casaria contigo! Oh! y seria una boda loca, yo el mas feliz de los padres, y tú la mujer mas afortunada! (*Cerrando los ojos y despues de una pausa.*) Pediria mi jubilacion, para no tener que pensar mas que en mis nietecitos. Qué vida tan hermosa! Alquilo un sotabanco en la misma casa donde ella vive; todos los dias, despues de comer, bajo á hacerla un ratito de compañía, si es que está sola; y si entran visitas, me escurro bonitamente, porque aunque mi yerno no es ningun fátuo, bueno es mantenerse al paño... Ademas de que cada oveja con su pareja. Sacaré todos los dias á paseo á los chiquitines, y ahorrando algun durejo, de vez en cuando les compraré un juguete. Sí, porque yo para vivir ¿qué necesito?

Con seis mil reales... Un gaban para el invierno, otro ligero para el verano... Ni aun eso; porque con los años se hace uno friolero... (*Oyendo entrar á Benito.*) Quién está ahí?

BENITO. (*Cargado con una talega.*) El administrador de las casas, que trae los alquileres...

ALVARO. Demonio de hombre!.. Qué, estamos ya á siete?

BENITO. Sí, señor.

ALVARO. No sé en qué dia vivo. Bueno, déjalo ahí. (*Vase Benito.*) (*Levántándose.*) Estas gentes le hacen á uno acordarse de que es rico. Maldito dinero!.. Y mi hija no se casa con quien quiere, y yo tengo que renunciar á mis ilusiones! Maldito dinero! Maldita suerte!

BENITO. (*Con otro talego.*) Aquí está el resto...

ALVARO. Mas todavia!.. Por vida de... Que no han de dejarme en paz!.. (*Coge el saco, lo tira al suelo, se derraman algunas monedas, y Benito echa á correr.*) Este dinero vil es la causa de mi infortunio. Eso es: y sembrado por el suelo... (*Se tira de los pelos.*) Y que haya miserables que no tienen un cuarto! Qué injusticia!

ESCENA XIV.

INÉS.—DON ALVARO.

INÉS. ¿Por qué te encuentro tan enfadado?

ALVARO. Yo enfadado? No por cierto.

INÉS. Y este dinero esparcido por el suelo?

ALVARO. Ese torpe de Benito que lo ha dejado caer, y por eso le regañaba. Entretente en recogerlo, que para tí es.

INÉS. Y yo, para qué lo quiero?

ALVARO. Para dárselo á los pobres.

INÉS. Qué bueno eres! Por eso te quiero tanto.

ALVARO. (*Ap.*) Ah! Si supiera...

INÉS. Aquí te traigo el periódico, que hoy ni has preguntado por él.

ALVARO. Qué me importa á mí el periódico! No ha de decirme lo único que yo querria saber.

INÉS. Ya: como es imposible... ¿á qué pensar en ello?... Pero ¿qué obstáculo podrá haber?

ALVARO. No lo averiguaremos nunca.

INÉS. Puede que sí: Matilde ha ido en casa de Fajardo, con ánimo de preguntarle...

ALVARO. Será inútil, no lo dudes: si es imposible!

INÉS. No parece sino que tú presumes que ha de ser cosa...

ALVARO. (*Turbado.*) Yo!... porque no ha de decir á Matilde lo que te ha callado á tí.

INÉS. El iba ya descubrirlo, mas como tú le interrumpiste...

ESCENA XV.

Dichos.—SOLFERINO.

ALVARO. Bien venido, señor Solferino... Vas á dar leccion ¿no es verdad? Y yo á quitar esto de enmedio. (*Vase llevándose la primera talega.*)

SOLFER. Señorita, cuando usted guste.

INÉS. Hoy no tengo gana de música; usted perdone. (*Metiendo la mano en su bolsillo.*) Le pagaré á usted su leccion...

SOLFER. (*Picado.*) Yo no cobro lo que no gano.

INÉS. (*Ap.*) (Tiene razon. Pobre hombre!) (*En voz alta.*) Amigo, disimule usted; no sé en qué estaba pensando... mas no he tenido ánimo de ofenderle.

SOLFER. Y aunque así sea: al cabo nosotros somos los parias de la sociedad.

INÉS. No sea usted injusto con ella, señor Solferino; yo profeso la opinion de que un grande artista y un gran señor son iguales.

SOLFER. Casi están al mismo nivel, es cierto.

INÉS. (*Sacando un bolsillo de un cajon de la mesa.*) De tal modo exagera usted su delicadeza, que no sé cómo pagarle los billetes de su concierto... Los he despachado todos.

SOLFER. (*Poniendo abierta la mano.*) Págueme usted... á estilo de comerciante.

INÉS. Pero me devolverá usted este bolsillo?

SOLFER. Lo ha bordado usted?

INÉS. Creo que sí. *(Ap.)* Mentira tan inocente...

SOLFER. Oh! Señorita, un millon de gracias, y mil y mil de perdones.

INÉS. Y el importe en duros, que ya ve usted si escasearán en tierra donde así llueve dinero. *(Mostrándole el que hay en el suelo.)* Ayúdeme usted á recogerlo. *(Recoge Solferino el dinero, que va metiendo en el talego.)*

SOLFER. *(Aparte y recogiendo.)* Un bolsillo bordado por sus manos... da en qué pensar... Es una imaginacion novelesca. Y como por otra parte hace de su padre cuanto quiere... Pues, señor, atrevámonos. *(Da el talego á Ines.)*

INÉS. *(Enseñándole las monedas que hay aun en el suelo.)* Y esas!

SOLFER. *(Aparte y arrodillándose para recogerlas.)* Buena ocasion! *(A Inés, que se vuelve.)* Tenga usted compasion de un desdichado que delira por su hermosura!

INÉS. Caballero...

SOLFER. *(Apretando el saco contra su pecho.)* Soy un miserable que no tiene en el mundo otro consuelo. No me abandone usted!

ESCENA XVI.

DON ALVARO.—INÉS.—SOLFERINO.

ALVARO. De rodillas! Qué está usted haciendo?

SOLFER. *(Levántandose.)* Una reparacion cabe aun: nuestro matrimonio.

ALVARO. Qué es eso de reparacion? Estoy atónito. Inés, qué dices?

INÉS. Que no he dado á este caballero motivo alguno para que se permita esa indiscrecion.

ALVARO. Ya lo oye usted. No podemos aceptar el favor que usted trata de dispensarnos.

SOLFER. Es que á la modestia natural en toda jóven, repugna siempre...

ALVARO. Hombre, no sea usted mentecato, ¿Qué mas cla-

ro ha de decirle que no le quiere? (*A Inés.*) En fin, trátale de bestia y de majadero, porque no hay buenas razones con quien se empeña...

INÉS. Papá se ha incomodado mucho: no haga usted caso...

SOLFER. Por supuesto: esté usted tranquila; que yo le oiré siempre con el respeto de hijo.

ALVARO. (*A Inés.*) Nada: no hay quien le saque de la cabeza... Como no sea... Probemos... (*Llamándole.*) Oiga usted; oiga usted... (*Vuelve Solferino.*) Me pide usted la mano de mi hija ¿no es cierto?

SOLFER. Con toda formalidad.

ALVARO. Pues concedida.

SOLFER. ¡Oh ventura!

INÉS. ¿Estás loco?

SOLFER. Sí, loco de júbilo, ébrio de felicidad. ¡Oh padre amado!

INÉS. ¿Qué farsa es esta? (*A Solferino.*) No me moleste usted mas. Ni yo le he prometido á usted mi mano, ni se la daré nunca.

SOLFER. ¿Qué dice usted?

ALVARO. Hombre, lo mismo que yo le he dicho hace una hora.

SOLFER. ¿Con que no me ama usted? Con que he sido juguete suyo?

ALVARO. Ea: basta de necedades. ¿Usted ha llegado á figurarse que somos tontos? Lo que usted queria era atrapar el dote de mi hija, creyendo que iba á infatuarla con sus sinfonías y sus trampantojos...

SOLFER. (*Indignado.*) Trampantojos. ¿Eh?

ALVARO. Y se ha equivocado usted. Con que á otra parte con la música.

SOLFER. Es verdad; me he equivocado. Pero tenga usted entendido que mis trampantojos valen mas que los de algunos otros, y que mi música no es tan mala como la reputacion de ciertas personas...

INÉS. ¿Que quiere usted decir?

SOLFER. Su papá de usted me comprende, y al buen entendedor... no digo mas. Y en cuanto al dote de que está usted tan envanecido, ha de saber que quizá mi familia reprobaria este matrimonio. Mas vale fama buena que bolsa llena.

INÉS. ¿Usted insulta á mi padre? ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

SOLFER. Sí, señora: eso es lo que yo quiero. (*Ap.*) ¡El de los trampantojos! (*Váse.*)

ESCENA XVII.

DON ALVARO.—INÉS.

INÉS. ¡Habrá insolente! ¡Qué audacia!

ALVARO. Sosiégate, hija mia. ¿Qué importa?

INÉS. ¡Ahora sí que siento no estar casada! Tendrias un hijo que te defendiera.

ALVARO. ¿Quién hace caso de semejante nécio?

INÉS. A buen seguro que si Fajardo le hubiese oido, no hubiera salido así.

ALVARO. (*Aparte.*) ¡Fajardo!

INÉS. Le hubiera enseñado el respeto que se debe, porque él... (*Se detiene.*)

ALVARO. (*Aparte y observándola con ansiedad.*) ¡Qué idea se le habrá ocurrido!

INÉS. (*Aparte.*) No, ese no puede ser el obstáculo. ¿Cómo habia de haberse engañado mi respeto por espacio de veinte años...

ALVARO. (*Ap.*) ¡Dios mio! ¡Alejad de su imaginacion toda sospecha!

INÉS. (*Ap.*) Esta sí que seria desventura.

ALVARO. (*Ap.*) ¡Y no tener aliento para preguntárselo! (*Se pasea con la mayor agitacion.*)

INÉS. (*Ap.*) El iba á hablar... y mi padre le interrumpió.

ALVARO. (*Ap.*) Tendria que arrojarme al canal. (*Inés se halla en el proscenio, á la derecha. Don Alvaro en medio. Ella le contempla severa, pero afligida; encuéntranse sus miradas; Don Alvaro baja los ojos, y ambos permanecen inmóviles.*)

ESCENA XVIII.

RAMIREZ.—FAJARDO, *que se detiene al entrar.*—INÉS.—DON ALVARO.

RAMIR. (*Poniéndose entre Inés y don Alvaro.*) Malas noticias, señor don Alvaro: la baja ha sido espantosa.

ALVARO. (*Sin levantar la cabeza.*) (*Ap.*) ¡Cielos! Esto me faltaba.

RAMIR. Usted se empeñó en ello, y queda usted arruinado.

ALVARO. ¡Arruinado! (*Aparte.*) Y perdido para siempre.—Mas no: si recobro mi honra...

INÉS. (*Sin apartar la vista de su padre.*) ¡Mejor! La pobreza...

ALVARO. (*Interrumpiéndola, enagenado de entusiasmo.*) Sí, hija mía, es la felicidad!

FAJARD. (*Acercándose á don Alvaro.*) Señor Peñalver, tengo el honor de solicitar la mano de esta señorita.

INÉS. (*Inmóvil.*) Estamos arruinados... Desapareció el obstáculo.

FAJARD. Cierto. Ya puedo confesar mi debilidad. No queria deber á mi esposa... mas que la dicha de llamarme suyo.

INÉS. Nada mas, señor Fajardo?

FAJARD. A fé de caballero. (*Ofrece su mano á don Alvaro.*)

INÉS. (*Abraza á su padre sollozando.*) ¡Infeliz padre mio! ¡Perdon!

ALVARO. (*Ap. y abrazando á su hija.*) ¡Dios misericordioso!

RAMIR. Señor Fajardo, mas que yo la merece usted.

ESCENA XIX.

MATILDE.—*Dichos.*

MATILDE. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! (*A don Alvaro.*) Ahora acabo de saber...

ALVARO. Señora, deme usted la enhorabuena; presento á usted á mi hijo.

MATILDE. Muy bien hecho, amigo Fajardo.

INÉS. (*Mostrando el dinero que hay sobre la mesa y sonriéndose.*) ¡Qué pronto han recibido los pobres la limosna!

ALVARO. No; jamás he sido tan rico. (*Haciendo demostracion de bendecir á su hija.*) ¡Tú serás desde hoy mi único, mi mayor tesoro!

INÉS. (*Al público hablando con Don Alvaro.*)

Eso me parece bien,
si en pena de tus errores
hallas en estos señores
en vez de aplauso, desdén.
Serán benévolos; ven,
y demándales perdon;
que una vez el galardon
de su favor alcanzado,
podrás decir: He salvado
el dinero y la opinion.

FIN DE LA COMEDIA.

Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
esde Toledo á Madrid.
l Rey de los Primos.
a Caverna invisible.
uien bien te quiera te hará llorar.
arica-enreda.
laquezas y Desengaños.
ı Amistad ó las tres épocas.
Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Ente como hay muchos.
rnelio Nepote.
s Pretendientes del dia.
s dos amores.
idas del alma.
o, ó el Princ. de Montecresta.
diez de la noche.
Congreso de Jitanos.
Preceptor y su mujer.
Ley Sálica.
Casamiento por hambre.
es que todo el honor.
Divorcio!
Hija del misterio.
Cucas.
ánimo el albañil.
a y Felipe.

EN UN ACTO.

Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado.
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo.
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace una rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral casa de Astrarena.